

Adolfo Bioy Casares fue un vecino de Las Flores, pues su familia tenía -desde mediados del siglo XIX- la Estancia Rincón Viejo en Villa Pardo (cuartel VII del Partido de Las Flores). Por tal motivo, reivindicaba esa zona como su lugar en el mundo, pero el término se extendía, también, al Carmen de Las Flores; donde contrajo matrimonio con Silvina Ocampo llevando a Jorge Luis Borges como testigo, donde los tres hicieron largas caminatas que derivaron en textos memorables (por ejemplo, el cuento “Autobiografía de Irene” y la novela *La aventura de un fotógrafo en La Plata*); etc. Para los Bioy, tanto Pardo como Las Flores estaban asociados a recuerdos felices, tanto en la literatura como en la vida privada.

El Concurso Literario Nacional de Cuento y Poesía Adolfo Bioy Casares, organizado por la Municipalidad de Las Flores, fue creado a través del Decreto 600/07 del año 2007, con el propósito de homenajear al escritor, fomentar la creación literaria, identificar nuevos talentos y divulgar sus obras. En sus primeros años recibió trabajos de casi todo el país y del extranjero; se entregaba una suma de dinero como premio y los Jurados debían expedirse sobre ambos géneros. A partir de 2011 se produjo un cambio de formato: el Concurso tuvo Jurados específicos para cada categoría y cambió el premio por la edición de los libros ganadores.

Desde sus comienzos, el Concurso contó entre sus Jurados a muchos de los principales escritores argentinos: Luisa Valenzuela, Rafael Felipe Oteriño, Pablo De Santis, Esther Cross, Tomás Downey, Gabriela Cabezón Cámara, Vicente Battista, Marcela Solá, Edgardo Scott, María Isabel Clucellas, Pablo Ramos, Ana María Cabrera, Jorge Torres Zavaleta, Omar Ramos, Leopoldo Brizuela, Silvia Castro, María Teresa Andruetto, Santiago Sylvester, Fernando Sánchez Sorondo, Susana Szwarc, Leonardo Martínez, etc.

La Municipalidad de Las Flores rinde homenaje a Adolfo Bioy Casares a través de la Literatura. Para él -que la consideraba era una fiesta, una razón de vivir, una forma de inmortalidad- no habría nada mejor.

La sociedad
de los dedos deslizantes

Racca, Pablo

La sociedad de los dedos deslizantes / Pablo Racca. - 1a ed - Rosario :
Casagrande, 2022.

108 p. ; 21 x 15 cm.

ISBN 978-987-4978-32-5

1. Cuentos. I. Título.

CDD A863

Diseño y maquetado del libro: Municipalidad de Las Flores

Imagen de tapa: Pablo Racca, con ayuda de Pablo Serr



La sociedad de los dedos deslizantes, de Pablo Racca, está licenciada como
CC0 1.0 Universal. La obra es de dominio público. Para mayor
información, visite <http://creativecommons.org/publicdomain/zero/1.0>

La sociedad de los dedos deslizantes

Pablo Racca

A Marta

Índice

Laura va.....	Pág. 15
Polarización.....	Pág. 25
Solidaridad es un número par.....	Pág. 33
Dólar en la calle.....	Pág. 40
Bebé con auriculares.....	Pág. 44
El camino más largo.....	Pág. 50
Sueño.....	Pág. 61
El presentador.....	Pág. 65
Copias.....	Pág. 68
Urbanismo táctico.....	Pág. 72
Lo eterno y lo que termina.....	Pág. 77
En otra parte.....	Pág. 85
Microondas.....	Pág. 88

Contarnos historias es
de esas cosas que
dan sentido.

Espero que estas páginas
te encuentren
bien.

Laura va

«Vive en la calle». La sensación nace en alguna parte del cuerpo y sube hasta convertirse en idea. La idea, como linterna, busca recuerdos y los reinterpreta bajo su luz. La luz, como Medusa, transforma en roca lo que ve, da forma a los argumentos y consolida la estructura que sostiene la (ahora) certeza: Ismael vive en la calle.

—Todo cierra.

Laura pronuncia las palabras para sí. La vista baja al celular, que las manos, con movimientos rápidos, sacaron del cajón, de ese escritorio que es todo chapa y está pintado como si pintar fuera una cosa triste. Los dedos buscan la aplicación de citas¹, la conversación con Ismael. La conexión a internet es lenta, buscar los mensajes se torna un fastidio, y Laura está haciendo *algo que no debe* en la oficina de trabajo, lo que se descubre en la posición del cuerpo, que forma una cueva donde Laura oculta lo que está haciendo.

La oficina es una sala grande de techos altos, con varias puertas y mucho espacio entre el escritorio y cualquiera de las cuatro paredes, por donde transita gente que viste uniforme y, por ende, se ve uniforme. Laura viste de otra manera; no es policía

¹ Traducción insípida y neutra con que se nombra a las “dating apps”.

pero trabaja en la fuerza policial; es parte del sector informático, aunque no parece haber otra computadora más que la suya en el lugar. La configuración de la oficina —el escritorio como islote perdido en la sala— habla de intemperie, y se apila sobre varias capas de lo mismo en la construcción social que le ha tocado habitar a Laura.

Entre los últimos mensajes de Ismael:

“Cuando la chica descubrió sus superpoderes, ya era tarde: el mundo era un lugar feliz. Las personas resolvían sus conflictos con un sistema sencillo donde persona y máquina trabajaban juntos. No había lugar para heroínas, y sobresalir podía costar la humillación pública”.

Ismael le contaba historias y Laura, por un rato, se sentía parte del imaginario del chico. Creía conocerlo un poco más, algo que hoy reinterpreta. «¿Por qué no me cuenta más de él?», piensa. El celular o la aplicación o lo que sea, no le permiten retroceder en la conversación más allá de un día. Esto la favorece: el objetivo inconsciente es sostener lo que hoy dedujo, y eso más se consigue con menos información. Recorre las fotos y todas muestran a Ismael al aire libre; el perfil del usuario habla de sueños sin techo; las charlas nunca tocan el tema del hogar.

—¿Cómo no me di cuenta antes?

Otra vez el retumbar latoso, la chapa raspa sobre la chapa. El celular vuelve al cajón. Laura no sabe por qué se metió —usa este verbo ahora— a conocer gente por internet. El reclamo acelera el pulso, afecta la expresión de las cejas y libera una levísima capa de humedad en los cachetes, luego en las partes laterales del cuello, luego en las manos y así. Acto seguido, como una muestra documental sobre la atención fragmentada de las personas, toma

una hoja y comienza a tipear a buena velocidad.

Sobre el escritorio hay dos pilas de hojas: una con denuncias policiales actuales, otra con denuncias históricas. La primera pila es más baja: la jefatura prioriza digitalizar las denuncias más recientes. La otra decrece más lento, y cuando quedan pocas hojas se realimenta de carpetones eternos, como eterno se percibe el pasado.

La descripción del trabajo al que Laura aplicó como pasante, incluía algunas tareas más atractivas que la digitalización de archivos sin respaldo en computadora. Contenía la rimbombante expresión *ciencia de los datos*², hablaba de Análisis y de Inteligencia Artificial, con mayúsculas. Pero Laura se ha pasado el primer mes ingresando e ingresando datos de denuncias, esperando otra cosa que nunca llega. «Alguien tiene que digitalizarlos primero», se imagina a su superior repitiendo, tras la hipotética e insistente pregunta que nunca hace. La mente de Laura ya piensa en bloquitos de instrucciones ordenadas, entiende que cualquier estudio formal tiene pasos que van antes y otros que van después.

—Borroco, Ismael... 19 de enero... calle 9 de julio... —recita mientras escribe.

Hay musicalidad en el hilo de voz, dada por la métrica de los campos a completar, que son siempre los mismos. Laura mueve la boca casi sin gesticular. Tiene la vista clavada en la pantalla, lo que le da un aspecto robótico que se completa con el torso algo tenso y los antebrazos apenas móviles sobre el borde del escritorio, como ejes que sostienen a las manos-criaturas que bailan sobre el teclado.

² Traducción del término, también rimbombante, “data science”.

El nombre —Ismael, que coincide con el del chico de la aplicación— no produce reacción en Laura. Esto puede dar a pensar que mientras trabaja, a) *no está ahí*, o bien, b) *está toda ahí*. Si Laura no está ahí, no capta lo que escribe. Si está toda ahí, no recuerda al vagabundo mientras trabaja. Pero la atención está en un tercer lugar. Laura no se detiene en relaciones internas dentro de la hoja —no le interesa que el señor Borroco haya nacido el 19 de enero—: lo que busca es construir una red que conecte diferentes denuncias según criterios que permitan sacar conclusiones. La fecha de nacimiento del señor Borroco le interesará como parte de un conjunto de fechas de nacimiento cercanas entre sí.

La imagen puede ser nueva para unos, repetida para otros: Laura se posiciona de pie en un espacio imaginario todo blanco, donde no se reconocen bordes o límites. Arriba, una maraña de nodos interconectados flotando como una cosa sin forma. Abajo, ella y un nuevo nodo. Cuando Laura —la de afuera, la que no es representación— ingresa un dato, Laura —la de adentro— ve cómo un nodo oscuro se materializa, se eleva y se acerca al nubarrón enorme de puntos y rayas. Laura —representada—, con el cuello doblado hacia atrás, busca nuevos enlaces. Apellidos. Siniestros. Fechas. Direcciones. El dedo apunta hacia arriba, conecta o descarta conexiones.

El ejercicio a veces pierde intensidad. Nadie puede recordar tal cantidad de información todo el tiempo. La cabeza se dispersa (ejemplo: «Me escribe a cualquier hora y nunca dice que está volviendo a la casa, nunca dice que recibió a alguien, que necesita un tenedor»). Pero la memoria es baúl de misterio: la red de alguna manera *permanece* y, ante un dato particular, el proceso se activa.

—Calle 9 de julio —repite.

La atención se enfoca. Un grupo de nodos enlazados por dirección emite luz, como una constelación en el cielo de la información. El dato le confirma que hay demasiadas denuncias para una misma zona de la ciudad. El pulso se acelera otra vez, siente levísimas puntadas en las palmas de las manos y en las yemas de los dedos. La mano derecha va a la mochila. El pensamiento rápido —«Copio todo en mi memoria externa³»— la llevó ahí.

La mirada revolotea de aquí para allá, Laura de nuevo *hace lo que no debe* y duda, aun si esto lo decidió días atrás. Una serie de dilemas —ya resueltos— reaparecen, se tiran uno encima del otro⁴: en la base, *los datos no deben salir de la seccional*; luego, *nadie me dijo que no*; tercero, *en esta computadora no puedo hacer el análisis*; siguiente, *alguien tiene que mostrar el potencial de los datos*; *la gente necesita conocer las conclusiones*; *esto es útil para la sociedad*; *si no puedo hacer esto prefiero perder el trabajo*; *igual quién se va a enterar*. Y así.

Entonces el movimiento ágil y la copia de la base de datos sale de la computadora. El cuerpo se relaja. Cobran nueva dimensión el sonido y los movimientos del entorno. Laura, al sentarse más cómoda, percibe la corriente de aire sobre las partes más húmedas de la blusa y toma conciencia: otra vez volverá a casa congestionada. Se levanta y sale de la oficina, con un gesto de saludo general (hacia todos y hacia nadie) en el que mejor no detenerse.

³ En realidad, un *pendrive*. Esto no es traducción literal; en algún momento el castellano se rindió ante los términos informáticos.

⁴ Esta historia parece la repetición una y otra vez de la misma cosa, con la información acomodándose como puede en cada etapa.

Laura habla con Ismael a través de la aplicación de citas desde hace dos semanas. Si el sistema estructura, o si es ella la estructurada, no lo sabe, pero el mensaje de las cinco se repite cada tarde, en alguna variación de “Qué onda?”, “Cómo va?” o “Estás por ahí?”⁵. Ismael tarda mucho, poco o nada en responder, lo que a Laura hoy le lleva a deducir varias cosas. En el colectivo, mientras salta de un espacio virtual a otro a través de la pantalla, un ojo atento a las personas que suben, bajan o pasan cerca de ella, detecta que su mensaje —ya pasaron quince minutos sin respuesta— está debajo de uno de Ismael que antes no vio y al que su pregunta no hace referencia, lo que se interpretará como si estuviera ignorando parte de la conversación. «¿No lo vi o no estaba?», duda Laura. El mensaje de Ismael cuenta otra historia:

“En el último piso del edificio, cuatro fabulistas celebran: encontraron el mensaje en el Libro Sagrado, descifraron los patrones numéricos que tantos pasaron por alto y ahora pueden descansar. Ya habrá tiempo para codificar el nuevo mensaje usando las mismas páginas que escondían el primero”.

“¿En qué planeta vivís?”, envía en respuesta. Más bien querría preguntar “¿Adónde vivís?”, “¿Vivís bajo techo?”⁶, o algo parecido. Un rato después nota que la secuencia de mensajes —la historia de Ismael, el *cómo estás*, y el *en qué planeta vivís*— no es coherente.

Ya está en casa, en lo que parece un ir y venir de pantalla en pantalla. Está en su habitación, frente a la computadora portátil⁷, que apenas cabe sobre la mesita que funciona como escritorio. El borde superior de la pantalla apoya contra la pared en diagonal

⁵ El signo de interrogación abierto cayó en desuso en los medios digitales, en parte por el constante aceleramiento de la comunicación, en parte por ser un carácter casi inexistente para las partes del mundo donde se diseñan las cosas.

—la parte interna de un techo a dos aguas— que delimita el dormitorio-antes-altillo. El colchón de dos plazas, sobre el piso, presiona contra las patas de la mesa. Los pliegues de las sábanas desordenadas dibujan pinturas rupestres. En un vistazo rápido, todo en la pieza es blanco, aunque ni una sola cosa es del mismo matiz de blanco que la otra.

Mensaje de Ismael: “Qué te pareció? :)”⁶.

Laura: “Disculpá, no puedo con esto ahora”.

“?”.

“Siento que no te conozco”, escribe Laura, sin pensar que eso es evidente para una relación virtual de apenas dos semanas.

Y entonces la conversación desaparece.

—¡Ey! —dice Laura, pero más gritan los dedos, presionan la pantalla del celular, van atrás, adelante, buscan en diferentes secciones cómo volver a lo que Laura entiende que no puede volver. No tiene manera de reencontrar el perfil de Ismael—. ¿Me bloqueaste, imbécil?

Oye una frase apagada desde otra parte. La madre habrá llegado del trabajo. No responde. Deja el celular con cuidado sobre el escritorio, teme que el impulso la lleve a arrojarlo con fuerza a cualquier parte.

—¿Quién se cree que es este flaco?

Y entonces respira una vez más, y los ojos nerviosos buscan la computadora.

La luz que emite la pantalla, a estas horas, empieza a ganar en intensidad a la luz que entra por la ventana, translucida por unas cortinas (blancas) simples. Laura presiona la tecla que es

⁶ El pensamiento respeta la gramática y el uso de signos.

⁷ “Notebook” o “laptop”.

⁸ Otra clase de signos rupestres.

la flecha hacia abajo con expresión inmutable. *Tac... tac... tac.* La lucecita roja del disco rígido titila. Los ojos húmedos, la respiración entrecortada por la congestión. El celular vibra otra vez; es un mensaje publicitario que desestima con un movimiento de pulgar. Puede oírse el retumbar lejano, en otra parte de la casa, de platos y cubiertos. La mente enfoca; si hace un momento allí convivían dos, tres o cien líneas de pensamiento, Laura se deja aplastar por el lento arrullo de los registros informáticos. Persona y datos de las denuncias se funden en una sola cosa. Las fechas, las direcciones, los nombres. La computadora pronuncia los datos en voz alta a través de Laura. La información se proyecta en el dormitorio, casi puede verse el nubarrón de nodos grises tomando la forma triangular del techo. Laura distingue —sin levantar la vista, porque la fusión persona-máquina está completa— el conjunto de nodos que corresponde a las denuncias de noviembre en el sector de la ciudad que delimitó. Son demasiadas durante un mes para un radio de cuatro manzanas céntricas de la ciudad. ¿Por qué hay tantas y tan de repente? Está segura de que hay un detalle irregular, pero no puede señalarlo. Entonces el parpadeo y el dibujo del contorno de un edificio. Laura lo ve esfumarse en el aire. Abre una planilla, ingresa números en una tabla, se detiene en el gráfico de barras. Rectángulos altos, estilizados: la evolución de los datos a lo largo del tiempo. *Clic.* Selecciona la barra que corresponde a noviembre, le cambiará el color. Es demasiado alta, como si alguien estuviera inventando denuncias. Laura se acomoda en la silla, tensa la pierna torsionada sobre la que se sienta, no puede distinguir si está cómoda o no. Elige un rojizo anaranjado, similar al color de un ladrillo. Los ojos se detienen en la opción que llaman “3D”. *Clic.* La barra, en una animación lenta

de *aplicación de oficina*⁹, toma tres dimensiones y, continuando el movimiento, se sitúa suavemente sobre una de las esquinas de la intersección de 9 de julio y la otra. Una, dos, seis ventanas se iluminan. A través de la del último piso Laura ve a tres personas alrededor de una mesa. Se oye una puerta, llega alguien más. Son cuatro. El cuarto agita un papel que lleva en la mano, dice:

—Acá está la denuncia de Ismael, el de la esquina. Pero me quedé sin gente para el teatro.

Deja el papel sobre una pila de muchos papeles similares. Otro dice:

—Podemos repetir personas, tampoco es que a nadie le roban dos veces.

El esquema se hace claro: son los cuatro confabuladores de denuncias falsas. Uno toma su celular, abre el grupo de mensajes de los vecinos del edificio. Avisará sobre la última denuncia. Si los dedos deslizaran la pantalla hacia abajo, se podría leer en el grupo a otros vecinos haciendo lo mismo en días anteriores. El edificio completo es cómplice.

Cuatro copas en mano:

—Hasta que salte la ficha —dice uno, y las copas chocan.

—¿Qué querés decir? —dice otro.

—Alguien se va a dar cuenta.

—Capaz que no. —El tono es defensivo.

—Alguien tiene que estar analizando los datos.

—¿Vos decís que no lo armamos bien?

—Alguien está tabulando las denuncias de noviembre. De hecho, debe ser un pasante.

—*Una pasante.*

⁹ Categoría insulsa que heredamos de la última década del siglo XX.

—Ahora mismo la chica nueva está deduciendo todo.

—Sí, claro —la respuesta es en tono irónico—, ahora a las diez de la noche.

—Sí, haciendo horas extra. Porque es un proyecto personal. Está armando las diapositivas para una presentación, con buenos títulos, gráficos, todo. Hace énfasis en lo que se puede hacer con los datos. Sabe que le faltan argumentos, que no tiene suficientes registros de años anteriores para hacer comparaciones. Pero la conjetura es fuerte.

—Creí que lo teníamos controlado.

—¿Existe algún mensaje que no se pueda decodificar? Igual, con suerte, el jefe no le va a prestar atención. El sistema se renueva, pero los jefes son los mismos de siempre. Va a mirar por arriba el informe y le va a decir: “Usted siga ingresando los datos que para eso la contratamos”. Ella le dirá que quería mostrarle el potencial de los datos. “Usted no me quiere mostrar eso, usted se quiere mostrar a usted”. Terrible el viejo. “Para sobresalir, primero hay que estar adentro”. Con eso la mata.

»Aunque, a lo mejor, ella se anticipa a lo que viene. A lo mejor se pasa la noche mordiéndose el labio, gastándose la vista frente a la pantalla. Termina de acomodar los gráficos con la salida del sol, se baña, elige la ropa, se maquilla, esconde las ojeras con el pincelito negro, y todas esas cosas que el mundo espera que haga antes de salir de casa. Sale, se toma un taxi. «Así me adelanto al jefe», piensa. Pero cuando entra al auto baja la cabeza, dice la dirección de la oficina sin ganas, el corcoveo del arranque la sacude, le hace pensar *para qué*, y el cuerpo sigue la inercia de una idea que le alcanzaba para llegar hasta ahí.

Polarización

Leo: “Ramsés convicto”. El mensaje llega al grupo de ex-alumnos de la escuela, e incluye una foto de la página del diario donde se ve el titular. También un enlace a la edición digital del mismo diario. Lo toco con un golpe seco a la pantalla del celular, que no registra la acción. Vuelvo a hacerlo, tarda en reaccionar. Aparecen una publicidad —cerrar—, una advertencia respecto a la recolección de mis datos de navegación —acepto— y el aviso: puedo ver sólo un fragmento de la noticia a menos que pague una suscripción mensual. Presiono el símbolo ×, rechazo la propuesta. Entonces la foto de Ramsés entre abogados y la vista se desenfoca, el aire se espesa.

Giro toscamente la llave, abro la puerta del departamento. Veo: “Ramsés sale del grupo”. Llamo al ascensor. ¿Nadie se dio cuenta de que él todavía estaba en el grupo? Alguien comenta que seguramente no tenía acceso al celular, que sería su hija quien lo estaba usando (un “seguramente” que agrega más dudas que seguridad). Cierro la puerta de casa, pienso si debería escribir algo. Recuerdo a Ramsés en la última reunión, el aniversario de la promoción de la escuela.

—¿Sube o qué?

La pregunta es un reclamo.

—Disculpe.

Entro al ascensor sin levantar la vista: una oportunidad para que el vecino se sienta superior por un rato. El episodio alimentará su pequeño catálogo para la conversación de toda mesa de café respecto a cómo la tecnología nos está comiendo la cabeza. Me tiento tomarle una foto y enviarla a un amigo con una frase sarcástica, comentando *mi visión del hecho*, pero en realidad me ofusca mi propia distracción, coincido en parte con el vecino. Lamento que la conversación en el grupo se haya desatado una mañana en que tengo todo cronometrado al segundo y no puedo detenerme hasta llegar a la terminal de ómnibus y subir al colectivo.

Ya estoy en la calle. Llevo conmigo el sobre con los estudios médicos. Son de una amiga. El tiempo apremia. Acelero el paso, me cuestiono por qué acepté hacer este favor. Ella: “Dale, llevalos, la clínica te queda a dos cuadras”. Yo: “¿Vos no pasás por ahí cuando vas al trabajo?”. “Me tendría que bajar del colectivo y después tomarlo otra vez”. “¿Pero no trabajás a siete, ocho cuadras de la clínica?”. Un intercambio desganado.

La dirección exacta de los consultorios está entreverada en la cadena de mensajes que intercambiamos con ella, el papiro infinito de la conversación virtual. Bajo la vista para buscarla, pero me distrae el grupo. Llega un mensaje de varias líneas, leo apenas unas palabras: “...estaba distraído... hablé con él... se reía...”. Otros asienten. Recuerdo la última reunión: lo noté algo callado, pero lo relacioné con que faltaban Rodrigo y Mesa, sus mejores amigos. El grupo era unido, pero cada uno mantenía sus afinidades, casi calcadas de la organización de los bancos en el salón del último año. Levanto la vista del celular; no puedo

recordar qué buscaba.

Bajo el cordón para cruzar la calle. Oigo los motores, miro a la izquierda, vuelvo a la vereda. Hago un gesto a los conductores: disculpen, no estaba prestando atención. Espero a que cambie el semáforo. Cruzo la calle.

Estoy en la cuadra de la clínica, creo. Me doy cuenta de que no busqué la dirección entre los mensajes de mi amiga. Llegan más al grupo. Los ignoro. Tardo en dar con la altura del lugar: es 1426, pero no hay clínica ahí. Avanzo unos pasos, miro las casas de un lado y del otro de la vereda. Doy media vuelta, releo el mensaje. Me teletransporto mentalmente hacia el balcón de un edificio de enfrente y observo desde arriba: parezco un niño atontado por algún juego de mareados. Escribo: “Me parece que está mal la dirección”. Envío. Inicio la aplicación de mapas sin esperar respuesta. Escribo “clinica medica” sin tildes, presiono la lupa de detective. El círculo azul sobre fondo blanco me comunica que está procesando la información.

El celular vibra dos, tres, cuatro veces. Es Mesa escribiendo al grupo: nos dice que está en contacto con Ramsés, que sigue el caso de cerca, que no había comentado nada por respeto. “Ramsés se reconoció culpable y eso aceleró el proceso”. Abro los ojos. “Hoy definen la unidad penitenciaria, le dieron diez años”. La vista se me nubla. Mesa envía mensajes cortos, uno tras otro. Se lo nota nervioso. Es amigo de Ramsés desde los diez años, él inventó el apodo por el apellido, Ramsa, aunque la gente creía que le decíamos así por la impostura, por esa forma de andar con la espalda recta, la mirada ligeramente hacia arriba y la piel apenas morena, como si el bronceado le durase todo el año. “Rodrigo está escribiendo un mensaje”, aparece en la cabecera del grupo.

Quiero leerlo. El celular vibra por otra cosa. Será la respuesta de mi amiga, pero quiero ver qué dice Rodrigo. “Podría haber sido la hija de cualquiera de nosotros”, sentencia.

Levanto la vista. Preferiría no haber leído. Menos de su mejor amigo. El celular se mueve, esta vez con vibración continua: alguien llama. Atiendo.

—La dirección es 1642.

—Bueno.

—¿Adónde estás vos?

—Al mil cuatrocientos.

—¿Pasa algo? Te escucho como si estuvieras en otra galaxia.

—No, no. Ya voy.

—Gracias. Sigo atendiendo, la gente entra a raudales.

—¿Raudales?

La conversación se corta.

Respiro hondo. Quiero decir, tomo conciencia de que respiro, que es lo que sucede cuando uno deja de prestar atención al entorno. Hago un esfuerzo para concentrarme: tengo que volver sobre mis pasos. Pero permanezco en el lugar. Sólo puedo pensar en que escuché lo que no quería escuchar —en realidad lo leí, pero puedo escuchar a Rodrigo, tajante, con la visión de mundo más tradicional del curso, con su carga de odio y sentido de moralidad, con su mensaje de texto cincelado en roca— y puedo ver los casquetes polares quebrándose al medio con un ruido infernal, parte del curso de un lado, parte del otro, todos con la vista hacia abajo escribiendo más y más rápido mientras los rostros se enrojecen, el vapor emerge de los cuerpos y se eleva y forma una bruma que trasluce toda fuente de luz, entinta la escena de gris leve, difuso. Quisiera saltar al agua helada.

Miro la altura: 1700. Vuelvo sobre mis pasos una vez más, encuentro la clínica y doy unos saltitos para subir los escalones.

—Para el doctor Finess —digo a la secretaria, que sonrío y me trae de nuevo a la realidad. Me corrige el apellido, digo sí, mirando el sobre. —No tiene nombre de doctor —agrego, devuelvo la sonrisa, pero no hay más intercambio. Salgo, vuelvo al agua helada.

Paro un taxi. No sé si llegaré a tiempo a la terminal. Indico el destino pero no menciono el apuro; nunca lo hice y no sé qué efecto tiene sobre un taxista: imagino los peores. Sólo pienso en

Ramsés, en la división, en que querría hablarle, decirle que no entiendo pero que guardo el mejor recuerdo de él.

Miro el celular. Dieciséis, diecisiete, mensajes en el grupo, y crece. Levanto la vista, el taxista me mira por el espejo. La conversación que sigue no podría haberla prefigurado:

—Le pasa algo.

—Sí.

—Se nota. Está en shock.

—Algo así.

—¿Qué pasó?

—Un amigo.

No sé qué más decir, por pudor.

—¿Se suicidó?

Parpadeo con intensidad. “¿Se habrá suicidado?”, pienso por un instante.

—No, ¿por qué dice eso?

—Me salió. —Mira intermitentemente a la calle y al espejo retrovisor—. Un amigo mío se suicidó hace poco.

—Ah.

—Yo tenía la misma cara que tenés ahora.

—Claro.

—No lo podía creer, era de esos amigos que uno ve poco pero el cariño es grande. Nadie lo vio venir. —Frenamos en un semáforo, siento que voy a escuchar lo que yo quiero decir—: Era un tipo buenísimo. ¿Cómo puede ser que se haya suicidado?

—Ramsés era médico sin fronteras. —Muevo la vista hacia la ventanilla—. Nunca supe de otra persona que haya hecho las cosas que él hizo.

»Estuvo en Medio Oriente. Trabajaba en un subsuelo. Un día caen bombas cerca y se queda casi sordo, pero sale igual y corre y saca gente de entre los escombros. Dicen que tenía como un radar, porque no escuchaba los gritos pero encontraba a la gente. En un momento, siente algo y sale corriendo por una calle. Ve a una persona escapando con una metralleta al hombro y una puerta llena de agujeros a mitad de cuadra. Corre hasta ahí, encuentra a una nena caída, la madre abrazándola en el piso. Sangre por todos lados. Él se acerca, se señala a sí mismo y dice: “*doctor, doctor*”, y trata de agarrar a la nena. La madre le grita y le pega. Él repite “*doctor, doctor*”, en inglés. El tema es que no llevaba puesta la ropa de Médico Sin Fronteras. Estaba vestido de civil. Peor: como un occidental. El padre de la nena agarra un arma, le apunta. Ramsés sabe que puede salvar a la hija, pero la suelta. Se arrodilla, pide disculpas al padre. Une las manos como rezando. Baja la cabeza y pide perdón en todos los idiomas que sabe. El padre entiende, deja de apuntar, pero se asoma a la puerta y quiere perseguir al hombre que había disparado. Ramsés lo agarra del brazo. Le dice: “*no violence*”, en inglés. ¿Cómo se le ocurrió decir eso en el medio de una guerra? Le ruega al padre que lo siga,

que *no violence*. ¿Me entiende? Lo convence de que deje ir al tipo que baleó a la hija. Y se lo lleva hasta el subsuelo, le muestra las camillas, le da unas gasas, un botiquín. El hombre empieza a ayudar. Y Ramsés salva a la nena. Salvó al asesino, salvó al padre, salvó a la nena. Eso hizo.

Me doy cuenta de que el taxista me está mirando directamente. Estábamos frente a la terminal.

—Usted dígame —sigo—, ¿cómo hay que recordar a Ramsés, ahora que está preso? Hizo lo más alto que puede hacer una persona, y ahora está preso porque hizo lo más bajo. ¿Qué vale más, lo primero o lo segundo, lo que hacemos antes o después en la vida?

Las lágrimas mojan la billetera que me tiembla en la mano. No sé qué estoy buscando.

—No podemos conjugar las dos cosas —digo, trato de frenar las lágrimas—: Alguien es malo o es bueno: dos opciones. No podemos con más matices.

Le alcanzo la plata al taxista.

—No, no —alza la mano para frenarme—. Deje.

Miro el taxímetro.

—Pero es la plata.

—Vaya. No importa.

Abro la puerta del taxi.

—Lo siento por Julio.

Bajo. No estoy seguro de todo lo que dije.

Cruzo la calle. Miro el celular antes de llegar al otro lado. Los mensajes crecieron a cuarenta. Selecciono el grupo y luego el ícono que es un tacho de basura. Mensajes eliminados. Escribo “Ramsés” en el buscador del teléfono: encuentro nuestra última conversación, apenas un saludo de cumpleaños de hace tiempo.

Atravieso la puerta de la terminal, a paso rápido esquivando personas y valijas. Pienso qué podría escribirle, temo errar en las palabras. Selecciono la foto asociada a su contacto para que se agrande y ocupe la pantalla completa. La imagen parpadea y desaparece; la reemplaza el ícono genérico, anónimo, que asigna la aplicación cuando las personas borran su imagen de contacto. Desisto y guardo el teléfono.

La terminal es un nudo metálico congestionado. Corro hacia la plataforma desde donde, con seguridad, el colectivo ya partió.

Solidaridad es un número par

La frase había sido “Siempre te voy a dar lo que quieras”, y Andrés la repetía y la repetía en su mente, palabra por palabra, mientras andaba por la calle con los billetes que había tomado de la billetera del padre apretados en el bolsillo. La frase era el mantra que funcionaba como alfombra sobre la que caminaba, como paredes y techo que cubrían y justificaban lo que estaba haciendo. El recorrido era directo a la plaza; Andrés ya podía controlarse cuando pasaba frente al kiosco en camino hacia el banco donde esperaba Iván (no a Andrés, sino a que pase el día, la vida, pero al chico le parecía que lo esperaba a él, por cómo se encontraban las miradas cuando todavía no había cruzado la calle lindera a la plaza).

Ayudar a alguien más. Andrés —como tantos de su edad— se había visto interpelado al ver colchones viejos en las veredas, bultos tapados con mantas, y al entender que era gente la que dormía sobre esos colchones y bajo esas mantas. No había compartido con nadie la sensación extraña que le causó el descubrimiento, una mezcla de desesperación y resolución. Al poco tiempo, el padre le había dicho aquella frase durante una cena, en medio de una conversación atípica que había terminado con la madre llorando y con Andrés corriendo a su dormitorio, y

al día siguiente, después de un sueño que no viene al caso, la idea le había venido a la cabeza.

—Esta plata no es tuya.

Era el tercer día que Iván decía eso, al mismo tiempo que agarraba la plata. Andrés sonreía porque no tenía que responder nada y ya estaba, algo que había aprendido muy bien en casa y en la escuela. Se sentaba al lado de Iván y esperaba con él.

—¿No tenés que hacer la tarea?

—No.

—¿Tu mamá sabe que estás acá?

—Sí.

—No te creo.

Silencio. Andrés hamacaba las piernas. Su temple, inapropiado para la edad, pasaría a ser ligeramente apropiado en el futuro, aun si no del todo. Andrés cambiaría poco con el tiempo, como si de niño ya fuera más grande, y cuando grande pareciera más niño.

La siguiente conversación no sucede, pero es la que el chico simulaba en su cabeza, como si la practicara y la tratara de espantar al mismo tiempo:

—¿Tu papá sabe que estás acá?

—No.

—¿Le vas a decir?

—No lo quiero molestar.

—¿Estás enojado con tu papá?

Silencio.

—¿Tu papá tiene mucha plata?

—Sí.

—¿Y la gente que no tiene plata?

—Yo le alcanzo un poco de la de mi papá.

—¿Él quiere eso?

—Sí, porque yo quiero eso, él me dijo...

Y el mantra: “Siempre te voy a dar lo que quieras”, “Siempre te voy a dar lo que quieras”, “Siempre...”.

Las piernas se hamacaban de forma diferente, desacompañadas y con más violencia, mientras estos pensamientos iban y venían. Las líneas de la conversación no eran tan nítidas, como nada de lo que pasa por la mente.

—Me tengo que ir. —Andrés no sabía cuánto tiempo había pasado ni qué hora era, pero se movía a pequeños impulsos.

—Gracias por todo.

Andrés sonreía mientras Iván ocultaba, por tercera vez, que gastaría la plata en unas cervezas. Si esto es impropio o no, queda a juicio de quien pueda ver la secuencia completa: el dinero de un gran empresario intercambiado por alcohol para un hombre que vive en una plaza sin otro techo que algún árbol frondoso. (Nota: ésta no es la secuencia completa que recorre el dinero, pero aceptemos el recorte para la historia en cuestión. Tampoco sabemos mucho de Iván, y Andrés es en parte un misterio. También su padre. En fin, el lector escribe la historia).

Andrés es descubierto, sí. Esto sucede bastante tiempo después, cuando el chico ha repetido la acción muchas veces y con diferentes personas. Ya es un grupo el que lo espera en la plaza, hay amistades entrelazadas, hubo algunas peleas (nunca enfrente de Andrés), el dinero es más o menos siempre el mismo y Andrés lo reparte en partes iguales, o dice: “le doy más a tal porque ayer le robaron la mochila”. Andrés se muestra sereno. Nadie que

viera el cuadro pensaría que el resto se está aprovechando de él. Y esto es así —que nadie toma ventajas— porque, sin proponérselo, Andrés mira a los ojos. No hay mucho más, si Andrés apenas habla. Tiene doce años y el resto pasa los treinta.

“Descubierto” es una palabra muy certera, cuando las piezas familiares no se acomodaron en lugares claros del tablero. Fueron varias las veces en que el padre de Andrés había expresado a viva voz —sin gritar pero ocupando toda la casa con sus palabras— que le faltaba plata en la billetera. Andrés ni siquiera se había mostrado afectado por lo que oía, como si *desaparición de plata* fuera una noción desconocida para él.

Llegó el día en que el padre entró a la habitación y lo miró a la cara:

—La plata la tenés vos —dijo. Lo afirmó, pero Andrés encontró un dejo de duda en la voz.

—...

Andrés no respondió. Primero recordó. (Es difícil mover apenas un músculo del cuerpo cuando alguien nos hace una acusación directa. Por eso hay que usar la memoria: evocar cómo movemos el cuerpo cuando no se nos está acusando de nada). Respiró. Parpadeó un poco. Decidió que no había nada para decir, igual que cuando el padre lo acusó cuando no funcionaba el televisor nuevo. Andrés no podía afirmar si lo creían inocente de aquello, y esperaba que sucediera lo mismo con esto.

—Hoy me pegaron en la escuela, pá —fue lo primero que le vino a la mente.

Supuso que podía decir eso para ver qué pasaba después. Era falso en el detalle menos importante —eso no había pasado “hoy”— que era el que Andrés creía más importante para generar

un efecto. La escena se disolvió: el padre salió y buscó a la madre, que era quien podía ocuparse de semejante revelación. Andrés no dijo más. Podría haber expresado con un grito lo que provocaba que el padre eludiera lo que había compartido. Pero esto de alguna forma lo tenía resuelto; no le afectaba ni afectaría en adelante.

¿Por qué mentía Andrés? ¿A quién cubría? Pensaríamos que a él mismo, pero vale aclarar: no había mucha posibilidad de grandes consecuencias en casa por lo que había hecho. Ocultaba —pensaba él— para mantener activo el flujo de ayuda a otros. La cuestión moral se diluía como el padre que escapaba del hijo: ¿qué mal estaba haciendo: agregar un silencio a una casa llena de eso? Además, el padre había afirmado darle siempre lo que quisiera. Punto.

Pero el mantra que mantenía el dilema a raya no funcionaba como manto que ocultase sus movimientos en el barrio. La plaza no estaba lejos de su casa —las distancias son magnitudes particulares para un chico de doce años—, y la gente que iba y venía por ahí era en gran parte siempre la misma. De todas maneras, se necesitó un griterío para que las acciones de Andrés llegaran a oídos del padre. Santiago, o el Herbo —como le decían—, se había acostado en medio de la calle para morir ahí. Iván ya no decía nada cuando Andrés llegó a la plaza. El resto intentaba arrastrarlo, convencerlo, patearlo. El Herbo había logrado ese efecto que llaman “de peso muerto” y era inamovible. Andrés puso los ojos grandes y se quedó congelado mirando la escena. En seguida captó que no valdrían palabras para resolver la situación.

—¡Comen cadáveres! —eran los gritos del Herbo, pregonando su veganismo. Se la pasaba leyendo libros viejos y transformándose

cada dos o tres meses según las lecturas—. ¡Yo soy lo mismo que esos animales, ¿qué les importo?!

El movimiento que se repetía: Juan Alonso tiraba de un brazo hacia el cordón de la vereda, se acercaba un auto, y él, ante el bocinazo, volvía hasta el Herbo con el brazo como acordeón desinflándose, para dejar pasar al tránsito. Y luego otra vez.

Había oscurecido temprano —era invierno— cuando Andrés pensó algo, le dejó la plata a Iván —Iván desapareció, pero eso es otra historia— y caminó hasta los pies del Herbo. Paralelo a él se acostó en la calle, justo adelante, como diciendo “si te pisan a vos, primero me pisan a mí”. Los bocinazos crecieron, la gente miraba más raro, varios se detuvieron y empezaron los gritos. Un chico tirado en la calle genera eso. Entre los que pasaban —Andrés no supo esto— había un amigo del padre, que lo reconoció e hizo el llamado con el celular. (Luego de unos minutos, el Herbo se paró y se fue. Ni lo miró a Andrés y murmuraba algo).

Andrés corrió hasta su casa. Había roto su propio pacto de volver antes de levantar sospechas. La madre lavaba algo en la cocina —se reconocía el retumbar grave, latoso, de cacerolas rebotando en la bacha—, lo oyó entrar, dijo *Hola, Andrés, volviste*, pero nada más. El chico contestó con el poco aire que tenía y fue directo al dormitorio.

Cuando llegó el padre, el corazón todavía le latía, y ya había decidido que no volvería a la plaza por mucho tiempo.

—Andrés.

—Mm.

—Me llamó Oscar. Te vio tirado en la calle rodeado de gente. ¿Te estás juntando con...? —Y usó una expresión que es preferible no repetir, aunque la usaba más por falta de otra palabra que por resentimiento.

—Sí.

Andrés respondió demasiado rápido y se lo reprochó: notarían que había preparado la respuesta.

El padre permaneció en silencio.

—¿A qué estás jugando, Andrés?

—A nada.

—No volvés a salir de acá, ¿me escuchás? La plaza está llena de... —Y volvió a usar la misma expresión, que quedó como estela en el aire mientras dejaba la habitación.

Andrés se quedó mirando la puerta entreabierta. Hamacaba los pies con fuerza, y después con menos fuerza, y por un rato siguió así.

Nota final: En la escena que Andrés soñó —y luego interpretó como pudo— el gerente de una megacorporación aparecía en un escenario rodeado de gente de pie, todos atentos mientras el hombre de traje negro sobre camisa blanca anunciaba que la empresa se *desfusionaba* —término onírico del que Andrés se apropió— y pasaba a disponer las ganancias para el nuevo directorio: la gente presente, es decir, toda la humanidad. La megacorporación exitosa seguiría funcionando, sólo que las riquezas no quedarían en unas pocas manos. Andrés no comprendía la raíz del sueño: nunca había leído ni visto nada que le diera una pista al respecto, no podía conectarlo con nada que conociera. Nunca volvió a soñar algo parecido, pero toda la vida recordaría aquel sueño como si hubiera estado ahí.

Dólar en la calle

El hombre, desde un costado, mira el billete de cien dólares en medio de la calle ancha en ese país donde la economía se desploma. Las ruedas de los autos, que construyen uno a uno el concepto de tránsito inaudito, aplanan o hacen volar o dar saltitos al billete verde, cuyo valor no puede determinarse a distancia: la secuencia uno-cero-cero se dibuja en la mente de nuestro personaje, la cara del presidente norteamericano también. Pero es sobre todo el tacto, la sensación del papel moneda sobre la yema de los dedos, lo que inunda el imaginario de los dos hombres que miran desde la vereda. Ya son dos atendiendo la situación, dos los que imaginan una pequeña fortuna instantánea, uno a cada lado de la ancha calle o avenida —ancha como de seis o siete carriles—, y los dos han detectado la presencia del otro.

El tránsito, se ha dicho, no deja margen para tomar el riesgo de dar un paso sobre el asfalto. Algunas opciones para describir lo que sucede en la avenida: a) aceleración aturdida, b) flujo ordenado —en una visión macro que descarte mayor detalle—, ó c) línea punteada y gorda sin líder preciso dirigiéndose a otra parte porque nadie quiere quedarse en su lugar. De hecho, ¿quién está quieto en este mundo? ¿O qué cosa, cuando la física ya ha explicado que las partículas están en constante movimiento?

¿Para qué inventamos la categoría de quietud? Para gritarle algo al niño, tal vez.

Volviendo a la escena: nada parece escapar al ritmo impuesto por la velocidad de los automóviles; la onda expansiva de semejante calle afecta el ánimo, el aspecto, la posición de hombros y cejas de cada persona que va a pie. Sin embargo, desplazando apenas la cámara hacia arriba, con un movimiento pequeño pero brusco, adrede para alertar de la miopía de nuestra percepción, podemos encontrar al pájaro sobre el cable, detenido, haciendo evidente la U alargada que es la forma en que reposan los cables. El pájaro canta y el canto es suave. Lo oímos porque al escribir nos podemos acercar lo suficiente a cualquier rincón de la escena, y así también notamos el minúsculo arrullo del viento (que no llega a ser viento, no es más que una brisita animada) que mueve el cable. ¿Cómo logra el ave “estar afuera” de lo que sucede a escasos metros de sí? Para quien piense que es imposible escapar de la vorágine, ella, contrera, asegura: es fácil y ni siquiera hay que alejarse demasiado. E invita, para quien dobla el cuello buscándola, a descubrir el cielo, de un color celeste-saturación que es resultado de trillones de rebotes en la atmósfera de esa misma cantidad de rayos solares que son esa misma cantidad de veces más rápidos que el auto más veloz de la Tierra. Los pájaros no son precisos en números; tampoco en metáforas. ¿Es la ilusión de “cosa celeste estática” lo que nos muestra el ave cantarina que, si quisiera, con facilidad podría volar hasta el verde viejo del billete que espera en la calle? Con esta pregunta, pero también con el grito asesino de un conductor ante la maniobra descalabrada de otro, volvemos a la escena central de esta historia.

Son dos los hombres haciendo cálculos a uno y otro lado de

la calle ancha (hemos destacado lo ancho, cuando la calle es más larga que ancha; lo que sucede es que la atención está dada en una franja tan angosta de ella que el largo general no importa). Y entonces, sin más preámbulo, la acción: uno de los hombres se lanza a cruzar la calle, logra esquivar dos, tres autos, pero el siguiente da de lleno en su cuerpo, lo hace rodar, lo... Y el rival, al verlo avanzar, repite la acción terminando debajo de la carrocería de un Volkswagen.

Pero si esto hubiera sido así, estaríamos descansando, menos ágiles que el pájaro, en una metáfora bien conocida: la de vidas lanzadas al descuido objetivo de conseguir dinero, así de sencillo, un objetivo material que lleva a dos competidores a la ruina, uno tal vez dando la espalda a su familia, a sus pasiones, encontrando la soledad y la angustia de alma, el otro reventando sus arterias por la presión, el estrés causado por las responsabilidades que asumió frente a la posibilidad de que alguien más se quedara con el dinero que visualizó para sí. El desenlace figurativo es de todos el más previsible: ya escuchamos estas historias. El ejercicio hoy es el de la especulación, y por eso estos hombres no cruzan la calle, sino que miran las pantallas de sus celulares, dejan el tiempo pasar. Cada uno se asumió dueño de ese dinero y generó un intercambio a partir de la supuesta nómina; ninguno mintió, sólo presionó unos botones (concreta y simbólicamente) aduciendo la posibilidad de liquidez, y consiguió que otros apostaran por ellos. Los dos hombres se están enriqueciendo. Este desarrollo de la historia, ahora sí, puede sentirse más actual.

Pero, también, mientras leemos, ha caducado.

No son las ruedas movidas por el combustible fósil las únicas que avanzan a paso inusitado. Las historias han vuelto a cambiar. A

qué velocidad lo hacen, esto es difícil de decir: la luz sigue siendo lo más rápido en este asfixiante universo; el atolondramiento social que modifica el devenir de lo que contamos, quién sabe cómo medirlo. Es tarea ardua dar con imágenes precisas para las nuevas historias. Una posibilidad, en estos tiempos, es la poesía, arte de lo inasible. Otra, quizá más valiente, la conjetura. Y en esta conjetura vemos llegar los camiones, remolques colmados de materiales. Los dos hombres, a uno y otro lado de la calle, se han puesto de acuerdo: uno de ellos, desde su celular, creó una compañía, personería jurídica, sociedad de responsabilidad limitada; el otro puso su firma digital en el contrato. El apretón de manos fue virtual. Comienza la construcción del puente. El billete será alcanzado desde arriba, con algún artefacto que asista la recolección: una caña de pescar, un brazo robótico; esto lo decidirá un algoritmo especializado, entrenado a partir de la representación computacional de calle y billete. La geografía del lugar ha sido modificada y, siguiendo este comentario, modificamos la dimensión temporal del relato para observar que este cambio trasciende el frío rescate monetario: el puente permanece mientras los empresarios pasan. Se han conectado dos territorios, y no es más el pájaro el único que puede elevarse ignorando el caos reinante debajo. Las personas ascienden y llegan al otro lado. O se quedan arriba, mirando a los lados, ya que el puente se ha dispuesto un nuevo paisaje. No son pocos los que romantizan el arco y se abrazan, hacen promesas o se proponen nuevas metas en la vida. El ansia material dio lugar a la contemplación espiritual. Y con este último símbolo, atisbo de un futuro posible elegido por arbitrio de quien escribe, FIN.

Bebé con auriculares

1. Es un día cualquiera. Salgo a caminar por el barrio como cualquier día cualquiera.

2. Encuentro al bebé con auriculares. No lo buscaba específicamente: él vino a mí, como una aparición mística.

3. Sucedió al adelantarme y voltear la cabeza para ver de frente a ese padre sin acompañante empujando el cochecito. (Sé que no tengo que mirarlo, sé que no puedo comprometerme con alguien tan mayor que yo y que además es padre). Antes que a él, noté los cablecitos negros emergiendo de las orejas, el contraste entre el plástico y la piel suavcita del bebé.

4. Me paro a un lado de la vereda y doy paso a los dos: soy el cortejo ceremonial del bebé-realeza. Penetro el carruaje con la mirada, sin reparos. No sé qué pensará la gente. El padre no presta atención; él también lleva auriculares y mueve la cabeza al ritmo de la música.

5. Mi mente es un alboroto de reproches. Quisiera gritarle lo peor: que no sabe que ese cerebro está en formación, que esos oiditos son frágiles, que al bebé no le gusta esa música.

6. Muevo la boca, gesticulo detrás del barbijo.

7. Esperen: la tela protectora me cubre gran parte de la cara. Puedo hacer algo sin que me reconozcan:

a. Quitarle el bebé. No, soy muy joven para eso, tengo otros planes.

b. Sacarle los auriculares al bebé. Sería efectivo, pero, ¿y el trauma? ¿Qué pensará de la sociedad más adelante, si su memoria registra este asalto siendo tan chiquito? No.

c. Robar los auriculares al padre. Exacto. Es un mal menor por un bien mayor. Luego el padre tomará los auriculares del propio hijo para seguir escuchando su música.

8. Sigo los pasos de mi víctima, que se aleja empujando a *su* víctima.

9. ¿Cómo hacer lo que tengo que hacer? El arrebato es sencillo, es como tomar la sortija de la calesita. ¿Y luego qué? Con una moto escaparía en seguida. El padre y la gente en escena acusarían a esa persona abstracta y masculina, “el motochorro”. Sería ideal. Pero no hay tiempo para motos. Además, el arrebato en movimiento requiere habilidad, mantener el equilibrio. Yo necesito estar afirmada al piso. Correr es la única opción. Soy bastante rápida. Es un tironeo hacia abajo —sacar los auriculares de las orejas—, otro seco hacia arriba —soltar los auriculares del celular— y correr.

10. ¿Qué pasa si los cables atraviesan el buzo del padre? Quiero decir: si ingresan por el cuello y salen por abajo de la ropa.

Eso hace las cosas difíciles. Mejor no contemplar esta opción, no quiero frustrarme antes de empezar, sería muy típico de mí: tengo que salir de mi zona de confort. ¿Por qué seré siempre tan pasiva?

11. Miro mi reflejo en una vidriera, analizo la mitad de la cara descubierta. ¿Podrán reconocerme? ¿Tengo que cubrir la parte de arriba? Los ladrones cubren todo menos los ojos. O son muy rápidos. No sé si soy tan rápida. Sería bueno cubrirme el pelo. ¿Por qué elegí teñirme así? ¿Por qué soy tan boluda? Me va a reconocer todo el mundo. ¿Con qué me cubro? Hay un negocio más adelante: compro un pasamontañas. Sería la compra más sospechosa de mi vida. ¿Te piden DNI para comprar algo así? Deberían. No tengo la billetera, qué pelotuda. ¿Adónde dejé la billetera? Pará, esto es más fácil: él no me puede perseguir con el cochecito; no va a dejar al chico solo. Es cuestión de esperar a que no haya nadie alrededor.

Desvío: Hay un perro. Está echado sobre la alfombra de su casa. Durante los últimos días, cuando su dueño —la persona que se nombra a sí misma como “dueño”— toma la correa, ni se mosquea. El perro decidió que no hay nada para él afuera. El hombre cree que necesita salir. Por ende, se acerca, hace alguna monería frente a los ojos de su mascota y dice unas palabras que el otro no entiende o no quiere entender. La alfombra es acolchada, la temperatura es agradable, la casa es segura. Cualquier criatura se sentiría bien ahí. El perro alza la cabeza y en seguida la vuelve a apoyar en el suelo. Pone la vista en otra cosa. Siente agradecimiento, pero el humano no lo capta;

al contrario, interpreta algún malestar y eso desencadenará una secuencia de eventos desagradables para un animal que lo único que quería era quedarse en casa. Para dos animales que lo único que querían era quedarse en casa.

12. Tres pasos largos, dos movimientos y arrebato los auriculares.

13. Me congelo. Es como esa novela, la del tipo que mata a la casera. No pensé en esta opción. ¿Qué hago? Me quedo mirando al padre. Es lindo. Le sonrío. El barbijo cubre el gesto.

—¡Los auriculares del chico! —digo.

—¿Qué hacés, pendeja?

14. Me arranca los auriculares de la mano y en un segundo estoy inmovilizada: su mano rodea mi muñeca con fuerza, me sostiene en el lugar.

—No estoy preparada —digo, y pienso que tendría que haber robado antes para juntar experiencia para hoy.

15. Pongo mi mano libre sobre su mano.

—Posta, soltame, no puedo hacer esto.

—¿De qué hablás, forra? ¿De qué siquiátrico saliste?

—En serio, perdoná, no hice nada, dejame salir.

—¿Salir de dónde?

16. Lágrimas. Esto no me lo esperaba pero no lo puedo controlar. Quiero poner pausa, salir, algo. ¿Cómo se sale de este juego?

—Soltame, boludo, soltame o grito.

Me puedo aprovechar de la situación. El grito es como poner pausa, me puedo ir, no hice nada, no hice nada.

—¿Estás temblando? ¿Qué me robás si estás temblando? ¿Qué te pasa?

—El bebé... nada, no importa.

—¡¿Qué te metés con el bebé?!

El grito me empuja.

—Me caigo... no, pará, pará que no me responden las piernas.

—Más lágrimas, tengo las rodillas dobladas casi a noventa grados, como si me estuviera por sentar sobre un banco imaginario—.
Disculpá, no sé qué decir, ¿qué estoy pensando?

17. Estoy en el suelo. Se me vencieron las piernas y estoy en el suelo, todavía con la mano de él en mi muñeca. Soy una imbécil, una imbécil sentada en el suelo con un barbijo húmedo que ahora no sirve para nada.

18. Llegan los observadores. Lo acorralan a él. No quiero esto, pero no puedo hablar.

—Me quiso robar —dice él en voz alta, mirando a la gente.

No hace bien en defenderse. Todavía no lo acusan. Es como si confirmara la cosa.

19. Me suelta. Muevo la cabeza de arriba a abajo. Espero que noten que asiento a lo que él dijo, aunque tengo las manos sobre la cara para que no se vean las lágrimas.

20. Se hace un silencio. Capto una pequeña línea de ruido,

como una radio mal sintonizada que llega desde lejos. Es una canción indistinguible y viene del cochecito. Me acomodo dentro de la intimidad conjurada, digo lo que tenía que decir:

—El bebé... ¿Por qué tiene auriculares?

Ante la insistencia de quien sacude la correa, el perro decide moverse. Recoge las patas delanteras, hace fuerza sobre el suelo y se echa sobre un costado. Apoya la oreja sobre la alfombra y recibe el hilito de aire caliente que viene de alguna parte. Está muy bien así.

El camino más largo

Cuento las cosas como sucedieron.

El colectivo pasó a buscarme pasada la una de la mañana. El avión saldría a las ocho y yo debía llegar al aeropuerto unas horas antes.

El coche estaba bien, y lo hubiera recibido con mejor predisposición si no hubiese sido la primera parte de un viaje eterno en cinco etapas —la expectativa era mala, no me permitía disfrutar el presente— y si no hubiera existido esa persona que viajaba de pie en medio del pasillo. No éramos más de seis ahí arriba, sobraba lugar en el colectivo, pero este hombre permanecía parado, con las dos manos apoyadas en un asiento, como ayuda para sostenerse.

«Los asientos no están para eso», quise decir, «están para sentarse, la posición más cómoda y tranquila que existe después de recostarse».

La “azafata” —no hay palabra precisa para los ayudantes en colectivos de media distancia— me había indicado mi lugar exactamente un asiento detrás de donde estaba el hombre parado.

—Preferiría sentarme más adelante —dije, y me miró con cara de “aquí subirán más pasajeros y usted ya tiene un lugar asignado, me tomé el trabajo de ordenar nombres y asientos en

la computadora durante toda la tarde para lograr una formación armoniosa”. Esto no lo deduje en el momento, más bien lo construí a lo largo del viaje; nadie más subió y no había otra explicación a la cara de la empleada cuando pedí el cambio de lugar. (Elaboré otra posibilidad más tarde, cuando alguien se comunicó por radio con el chofer: quizás el colectivo viajaría lleno, pero en ese momento le informaban que el resto de los pasajeros había muerto, mudado de país, tomado otro medio de transporte, cambiado de parecer respecto al viaje, o habían sido abducidos súbita y simultáneamente por extraterrestres, lo que le permitiría conducir el coche mucho más liviano de lo previsto, dejando libres todos los asientos que me habían sido negados, dejándome frente a frente con el hombre que permanecía de pie). Al bajar, horas más tarde, pregunté a la chica por qué no me había permitido cambiar de lugar al inicio del viaje; me respondió, sorprendida, que había entendido que yo le señalaba algo fuera del colectivo y le preguntaba si volvería a ese lugar. Al escucharla reí, pero el asunto me dejó pensando.

El asunto es que viajé a centímetros de distancia del hombre de pie, lo que dio lugar a “la batalla de las miradas”: ni aquel hombre ni yo pudimos dejar de cruzar la vista en todo el trayecto. Dudo si esto generó alguna relación entre nosotros. Quiero decir: nos saludamos al llegar a destino y luego al cruzarnos en el aeropuerto, pero durante el viaje no pasaba un minuto sin que uno mirara al otro sin dirigirnos la palabra, aun si él había comenzado a leer —lo que afectaba su estabilidad, porque le ocupaba las manos— y yo me concentraba en alguna aplicación que acababa de descargar en el celular. Me molestaba su obstinación por permanecer de pie, y más que todo su costumbre de mover los

labios mientras avanzaba con la lectura. Esto me indignaba. Me hacía negar con la cabeza cada vez que bajaba la vista —no había emoción o juicio alguno mientras nos mirábamos—, y en mi mente confluían caudales de críticas que se entrelazaban y caían como cascadas a lo más profundo de mi ser. En retrospectiva, el poco descanso de los últimos días y el sueño cortado de esa noche me predisponían muy mal ante la situación, y tal vez estaba proyectando todo esto en aquella persona. O tal vez no.

A mitad de viaje, cuando todo dentro de mí se estaba serenando, sucedió lo del café. La “ayudante de pasajeros de colectivo” —así la llamé el resto del viaje— había estudiado al hombre por varios minutos. Esto fue algo que noté, pero no entendía la razón: ella lo había estado mirando mientras buscaba algo en un bolso, mientras sopesaba el termo, lo destapaba, vertía el líquido en unos vasos diminutos, limpiaba la boquilla (un detalle delicado que fue una sorpresa para mí, que seguía resentido por la falta de atención al subir al colectivo), tapaba el termo, guardaba el termo. Ella disimulaba contar a los pasajeros, pero con una ojeada en su planilla hubiera obtenido ese dato, si es que no tenía escrito un seis gigante en la memoria con fibrón negro remarcado. A mí no me engañaba: estaba midiendo el espacio, calculando sus movimientos para atravesar el pasillo —ida y vuelta— sin escandalizar a nadie, sin hacer el ridículo pisoteando al hombre. Yo hubiera querido, con un gesto quizás, mostrar empatía con ella. Pero no me dirigía la mirada —entendí más tarde que me había catalogado como un extravagante por mi pregunta inicial— y tampoco quería que ella interpretara cualquier cosa al caer en la cuenta de que la estaba mirando. Tomó la bandeja y no percibí que tenía cinco vasitos hasta que pasó por segunda vez delante

del hombre de pie, mostrando un temple ejemplar, con la bandeja vacía y la convicción de soldado al responder, ante la pregunta del otro:

—No puedo servirle nada si no se sienta.

Esto habrá puesto al hombre en una encrucijada: sentado con beneficios/de pie con sus convicciones. Optó por mantener su posición, y yo lo hubiera aplaudido si no la considerase una posición idiota. Tras tomar café, algo más lúcido, esbocé algunas conjeturas sobre la situación. Una liviana, otra extrema: o el hombre estaba allí parado porque no quería arrugar su traje, o tenía una pierna de titanio sin articulaciones. Cualquiera opción arrojaba una incógnita respecto a cómo pensaba viajar en el avión, nunca vi a nadie de pie en esos pasillos.

Estaba alienándome demasiado allí dentro, pero mis intentos de mirar afuera fallaban, tanto por la oscuridad del campo abierto —las monótonas rutas pampeanas—, como por el tendido de luces que me había engañado: seguí con la vista un conjunto de luces que se perdía a lo lejos, bordeando algún camino, ocupando todo el largo de mi ventanilla, me dejé atrapar por la profundidad de esa curva suave de focos amarillos que me transportaba a alguna parte, cuando noté que lo que veía no era más que el reflejo en el vidrio de luces que se desplegaban al otro lado de la ruta, a mi izquierda y no a la derecha, que era la dirección en la que yo estaba mirando. Se falseaba lo genuino de mi experiencia y me frustré. Después de eso me dormí y soñé otras cosas.

—Llegamos —me despertó una voz desconocida. El hombre de la pierna de titanio se había acercado hasta mí y hablaba con voz amable, lo que chocaba con todo preconceito antes generado. Le agradecí. ¿Qué más podía hacer?

Los ojos me ardían, como sucede en estos casos, y caí en el error de presionar con los dedos sobre los párpados, lo que no reconforta para nada la sensación de despertarse en un colectivo, en un lugar desconocido, todavía de noche y debiendo interactuar con gente inmediatamente. Chequeé mis bolsillos y bajé. Mi demora con los ojos me había impedido analizar el andar de aquel hombre, poder comprobar si tenía rodillas. Bajé los escalones y me recibió la quietud del aire, acompasado con el sigilo usual de la gente durante la madrugada; es como si alguien bajara el volumen de la humanidad hasta las nueve. Recibí mi valija y caminé, el sonido de las rueditas marcando sin pausa los cambios en la superficie: asfalto en la calle, baldosas en la vereda, mosaico lustrado dentro del aeropuerto.

Tardé un momento en orientarme en el laberinto de pantallas y luces. Encontré el mostrador de la aerolínea y esperé. Entregué mis documentos y esperé. Deposité la valija y esperé. Luego, el mensaje que no esperaba:

—Hay demoras por las cenizas del volcán.

Mi acto reflejo fue reír. La frase lindaba lo fantástico.

—Un volcán de la cordillera —aclaró el empleado, sorprendido por mi reacción (más tarde encontraría la noticia entre los titulares de todos los diarios y noticieros y me avergonzaría por mi ignorancia)—. Tiene movimientos tectónicos —hizo algo extraño con las manos, aplanó una sobre la otra—, y desprende ceniza que llega hasta la costa del país. Interfiere las comunicaciones del avión con la torre de control.

La abundancia de explicaciones me molestó. Yo no entendía por qué un avión era incapaz de aterrizar sin necesidad de comunicarse con nadie, pero no quise preguntar.

—Esté atento a las pantallas: allí se anunciará el horario reprogramado.

Asentí y recibí mis papeles, o quizás fue al revés. Aun si la espera sería larga, caminé hasta la puerta de embarque. Necesitaba comprobar que estuviera ahí, en estos lugares enormes hay que asegurarse de que las cosas estén donde se espera. Luego caminé en cualquier dirección.

Los locales del aeropuerto estaban cerrados. La única opción era el área de espera. Cuando la encontré, me enfrenté al dilema: los asientos libres del sector seguían un patrón desfavorable, cualquier lugar que eligiera para sentarme me dejaría al lado de alguien más, sin el confortable asiento vacío que debe mediar entre las personas. Opté por ubicarme al lado de un hombre que dormía; era lo más parecido a lo que buscaba, aun si la forma de dormir de este hombre era desagradable —boca entreabierta, cabeza ligeramente hacia atrás, brazos cruzados—, y el hombre vestía con ropa deportiva, lo que es inaceptable en cualquier contexto que no sea el deportivo. Me moví con la mayor delicadeza posible, un esfuerzo innecesario ya que alguien pasó y golpeó los pies de mi vecino, despabilándolo. El hombre me miró como haciéndome responsable de su abrupto despertar. Quise explicarle que todos los lugares estaban ocupados de forma dispar y que estaba haciendo lo mejor que podía, pero él habló primero con voz calma y la cosa desencadenó, para mi sorpresa, en una gran conversación sin acusaciones de ningún tipo. Fueron varios los desarrollos, entre los que nuestras opiniones danzaban, conectándose y distanciándose. Hasta que el hombre se levantó —creí que iba a aplaudir— y con movimientos de rayo que no pude prever me tomó la cabeza con las dos manos y me dio un

beso en la mejilla para despedirse, lo que destruyó de alguna manera lo que habíamos construido. No se puede tenerlo todo.

Restaba honrar el nombre del sector y esperar. Para pasar el tiempo escuché una conversación ajena, algo que considero aceptable mientras la identidad de quienes hablan no se me revele jamás.

Las pantallas no mostraban información alguna sobre mi vuelo. Decidí volver al mostrador, donde me confirmaron que el avión no despegaría.

—Es para seguridad de todos —insistió el empleado, como si yo no entendiera la situación, lo que me obligó a hacer un esfuerzo mayor para demostrarle que todo estaba claro, que yo no era un ser irracional que esperaba que el avión despegase bajo cualquier condición. Firmé algunos papeles y salí con mi valija y rueditas detrás.

Ya afuera hice mis cálculos: podía tomar un colectivo hacia mi destino —las cenizas no afectaban el tránsito a ras del suelo— y, tras veinte horas de viaje, llegar a horario para el primer día de trabajo, a la mañana del día siguiente. Prescindiría de la noche previa de descanso. Reflexioné un momento y, cuando me decidí hacerlo, sentí como si alguien comenzara a borrar lo que vendría después, lo que resultaba en una paradoja y una premonición. Me di un empujón interior, subí a un taxi y me dirigí a la terminal de colectivos.

La ventanilla del auto funcionaba como reloj; las personas que veía eran pulsos que marcaban el paso del tiempo, acelerándose al adentrarnos en la ciudad hasta formar un hilo continuo y denso en las últimas cuadras. El taxista señaló el costo y creí que sería lo único que escucharía de él, pero cuando esperaba mi vuelto

agregó:

—Disculpe, pero con esto no alcanza.

Me mostraba un billete chico, que efectivamente no alcanzaba a cubrir el costo del viaje. Me disculpé y le di otro billete. Recibí mi vuelto y bajé. El océano de gente formaba olas turbulentas, en claro contraste con el ecosistema aeroportuario. Caminé veloz, las rueditas sufriendo por la superficie irregular.

Los carteles caducos me guiaron a ventanillas incorrectas y tuve que preguntar varias veces hasta dar con la empresa que viajaba a mi destino, adonde el avión no llegaba. La transacción fue rápida y, pasaje en mano, aceleré hacia el lugar donde esperaba el colectivo. Faltaban diez minutos para la partida. Me senté en un bar, ocupé la mesa más cercana a la plataforma para no perder de vista el coche. Llegó mi café, rechacé el diario y volví a sentir la evanescencia de lo que vendría. Saqué el celular del bolsillo: apagado. ¿Habría fallado la batería? Tardaba en encenderse. Pedí la cuenta, atendí una llamada, conté mis billetes para pagar. Me faltaba uno grande. Escuché la voz del otro lado:

—Estábamos intentando comunicarnos con usted desde hace unas horas. Tenemos que cancelar el trabajo.

«Me robaron», pensé, mirando la billetera.

—La tormenta inundó parte de los galpones —siguió la voz de secretaria—, y esta mañana empezó a fallar el sistema de alimentación eléctrica. La mitad de la ciudad está sin luz.

—¿Una inundación además de las cenizas? —dije, mientras hacía una seña al mozo del bar para que me aguardara un momento. La gente empezaba a ascender al colectivo.

—¿Cenizas?

—El aeropuerto está cerrado por las cenizas —aclaré.

—Ah, sí, estamos al tanto. —La voz sonaba molesta por el cambio de foco en la conversación.

—Me robaron. Creo que en el taxi —dije al mozo en un susurro. El mozo no entendió (creo que no le importaba mucho) y confundí más a la secretaria al otro lado del teléfono.

—Le vuelvo a pedir disculpas —creo que se disculpaba por el robo, yo no tenía tiempo para explicarle—, estuve llamándolo durante toda la mañana.

—¿Me va a pagar? —el mozo.

—¿Podremos reprogramar para el mes próximo? —la secretaria.

—Sí, aquí tiene.

—Que tenga buen viaje.

—¿Ya está viajando?

—Voy a volver a casa.

El mozo me miró sonriendo. Interpreté que añoraba su hogar.

—Gracias por su comprensión —la secretaria sonaba relajada. Sonreí—. No tiene sentido que venga, nadie va a poder atenderlo con este imprevisto.

—Se entiende perfectamente.

No iba a extenderme respecto a lo comprensible de la situación, somos seres humanos y la naturaleza interviene, todo estaba dentro de los márgenes de lo verosímil. Hubiera querido explicarle la secuencia que me llevaría ahora de vuelta a casa, resultando en el camino más largo que jamás había tomado para llegar al mismo lugar. Pero se interpretaría como una queja o algo similar, y aquí nadie se quejaba, todo estaba bien, sólo quería describir la realidad.

Volví sobre mis pasos, cambié el pasaje. Cuando alcancé el

nuevo colectivo, me sorprendió el tumulto de gente que se reunía alrededor. Se había cancelado un viaje previo y todos subiríamos al mismo coche. La mitad de nosotros pasaría a otro en la próxima estación. Un empleado se disculpaba de forma excesiva y algo lastimosa. Las quejas iban y venían, pero qué se iba a hacer. El portaequipajes parecía un chiste, el hombre que tomó mi valija hizo lo que pudo para ubicarla sobre la montaña enorme que desafiaba la gravedad. De más está decir que no alcanzaban los asientos para todos. El destino me empujaba a tomar el rol del hombre de pie, como si quisiera enseñarme alguna lección, pero sin piernas de titanio. Tal vez fuera ese el material de la coraza en la que yo me encerraba interiormente, una técnica oriental que usaba cuando todo iba mal. (No es ninguna técnica oriental).

El coche avanzaba lento, doblegado por el peso de las vidas angustiosas que me rodeaban. Varios bloques de personas se agrupaban, unidos por un derrotero de afirmaciones coincidentes.

—Se nota que tuviste un día largo. —Alguien me habló desde un asiento a mi espalda.

—Estuvo bien —dije, porque fue lo primero que me vino a los labios.

Ella se rio. Yo no estaba preparado para una conversación.

—Demasiado optimismo. No es necesario convencerse de que todo está bien si no está todo bien.

Miré hacia afuera del colectivo.

—Al menos están las nubes —dije.

Volvió a reírse.

—Es una buena actitud —dijo.

Y la conversación siguió. Ella también conocía la historia del niño que se enamoró de la nube. La reconstruimos: el auto

volviendo de viaje, el niño recostado en el asiento de atrás, los padres en silencio marcial tras decidir el divorcio cuando todavía quedaban horas de viaje. Los ojos del niño acogen la nube. La forma no evoca nada en particular; era la única a la vista, el único descanso dentro del azul-celeste del cielo. La nube toma al niño, lo acompaña durante todo viaje, lo guía al girar por uno y otros caminos. No lo deja hasta llegar a casa. El niño sube a su habitación, abre las cortinas y no oye nada más. Por la noche su madre o su padre suben a buscarlo, pero él ya no está.

Cuando terminamos la historia, la chica cambió de colectivo y yo ocupé su asiento. Tomamos mayor velocidad y respiré hondo. Entonces el colectivo frenó en medio de la ruta y, lento como un elefante tropezando, volcó sobre la banquina. No sabía que podía hacer eso. Los gritos de la gente se apagaron enseguida; habíamos tenido tiempo de acomodarnos para amortiguar el golpe. Las puertas de emergencia funcionaron a la perfección. Salimos por el techo hacia el pasto húmedo que bordeaba el camino en marcha sincronizada, en el mudo acuerdo de que la vida es nada de lo que planeamos y lo único sensato es caminar y permitir que las cosas sucedan. Más adelante se veía humo por un choque en cadena. La hilera de autos detenidos no parecía tener fin. Reconocí a la distancia otro colectivo de la misma empresa y pensé que podría buscar a la chica, pero me dolían un poco las piernas y estaba cansado. Me senté en el suelo y pensé en la chica y en lo que quedaba del viaje. Sentí el pasto húmedo en las manos, el clima estaba bien. Me recosté y miré el cielo.

Sueño

En este sueño bajo por el lado exterior de un edificio con la cintura ceñida a una soga. No puedo ver dónde comienza la soga ni dónde termina el edificio. Tampoco sé por qué elegí este modo de traslado. Cuando me encuentro frente a un gran ventanal, con cierta maestría me balanceo y lo atravieso rompiéndolo en mil pedazos o —prefiero decir— en millones de pedazos. No me detengo a contarlos, pero sí verifico que salí ileso del movimiento. Estoy en algún tipo de instituto. Tardo una eternidad en desatar el nudo en mi cintura; me lleva horas esta tarea minúscula. Cuando logro liberarme, me acerco a la máquina de expendios de gaseosas y golosinas. Inserto unas monedas, respetando las normas, como si desestimara la violencia con la que acabo de ingresar al lugar. No me alcanza el dinero para cubrir el costo del producto deseado, pero —oh, bello sueño— la máquina proyecta un mensaje en el visor informándome que hará una excepción conmigo, bestia imprecisa, me entregará un producto, sólo que tendré que aceptar la gaseosa sabor naranja, sin posibilidad de cambio. Maldigo a la máquina y su generosidad, la golpeo repetidas veces, olvidando que ésa era la gaseosa que iba a elegir en primer lugar. Pero, ¿quién quiere vivir en un mundo sin opciones?

La puerta de un ascensor se abre a pocos metros. Para mi

tranquilidad, nadie baja en este piso. Tardo en notar que las personas se miran unas a otras, se preguntan por qué el ascensor se detuvo y sienten el viento frío que llega desde el ventanal roto. Entro de un salto, presiono el botón que cierra la puerta. En seguida siento sed: me arrepiento de haber rechazado la gaseosa.

—¿Piso?

—Planta baja.

Mi respuesta es segura, parece que me dirijo a ese nivel.

—¿Sintió la correntada?

—Se rompió un vidrio.

Me pregunto por qué di esta información innecesaria. Podría haber dicho que no.

—Habrá que avisar al administrador del edificio.

Varias cabezas se mueven con gestos de aprobación.

—El ascensor, cuando va hacia abajo, es más bien un *descensor* —digo, para desviar la atención. Alguno sonrío, nadie responde. No fue un buen chiste, pero la indiferencia me molesta.

El viaje transcurre lento y no puedo ver cuánto falta para llegar. El visor que indica los pisos muestra una secuencia de símbolos ilegibles.

Me distraigo mirando el techo. Una plancha plástica trasluce el tubo fluorescente encendido. Recuerdo una película en la cual el asesino esconde ahí su pistola y no puedo evitar levantar la plancha.

—¿Qué hace? —dicen dos personas a la vez.

—¿Qué hace? ¿Está loco? —dice otra voz, en tono autoritario.

Los miro sin entender, hasta que siento una corriente de aire entre mis dedos: el aire está saliendo del ascensor, como escapando de un globo que se desinfla. Suelto el plástico, pero la

plancha no vuelve a su lugar y el aire sigue su camino de retirada. Miro a quienes me acompañan: se toman el pecho, respiran con dificultad. Dos se abrazan, una cae de rodillas. La escena es escabrosa cuando llegamos a destino.

Un sonido agudo y la puerta del ascensor se abre. Quiero salir, pero el aire entra con violencia para escapar por la abertura que creé en el techo. Varias personas se sostienen con fuerza a la pared del edificio, otras desisten y se dejan llevar hacia el ascensor que succiona. Alguien me toma del pie, me pide ayuda. Pero es tarde: avisté el lugar adonde me dirijo. Camino contra la marea que se arremolina hacia mí y alcanzo el picaporte.

El coliseo me recibe con un rugido ensordecedor. Corro hacia el centro de la arena: un pequeño escenario de madera, las gradas me rodean, rebalsan de gente, gritos, aplausos.

—Escuchemos al primer concursante.

La voz del presentador resuena en todo el estadio. No soy el primero; hay tres delante de mí.

Envuelto en silencio, comienza el primer relato: una épica fabulosa, un héroe, su búsqueda y no supe qué más. Me distraigo observando a la gente del público, como buscando a alguien. Tras los aplausos, el segundo participante. Su tono es altanero; presenta una sátira de la primera épica, con reveses sobre el héroe y triunfos de las fuerzas bajas. Algunos ríen, yo tengo la vista clavada en la arena. El tercer concursante se expresa con propiedad; plantea teorías morales y una crítica alrededor de un episodio costumbrista, con analogías a los primeros relatos, a los que califica de “simbólicos”. Pierdo referencia de dónde estoy cuando llega mi turno.

—Yo soy el protagonista de esta historia —empiezo a media

voz, mirando a los lados sin ver a nadie— y no tengo mucho más que contar.

Levanto la vista y me sorprende encontrar al sol, estático frente a mí. Siento que me señala y transmite toda su luz a mi sonrisa, que aparece aquí de imprevisto.

—Me levanto cada día, me lavo los dientes, voy al trabajo, espero a alguien. Quizás conozcan esta historia. Puede resultar fascinante. Y es la única posible, tal vez no queden más historias.

Respiro, asumiendo todo mi ser para continuar. Como giro final, incluyo la fantasía:

—Y hace unos minutos, en un ascensor, cambié el rumbo de la humanidad.

El vacío preludia el estruendo. No puedo percibir si hay algarabía o descontento general. El ruido me aturde. Antes de que pueda evitarlo, un grupo de personas me levanta en alto, tengo una medalla en el pecho, una corona de laurel. Detrás de mí, en el escenario, un robot intenta decir algo, su visor proyecta caracteres ordenados. No sé de dónde habrá salido, no había notado a este quinto concursante. Lo señalo, trato de detener a la multitud, quiero que lo dejen hablar.

—¡Él puede tener una mejor historia!

Nadie me escucha. Siento una ráfaga de calor y vuelvo la vista hacia adelante. Las llamas son altas, los brazos me dirigen ahí, no hay cómo escapar. Me arrojan a la hoguera, me lanzan fuera del sueño.

El presentador

Abrió la puerta de la oficina sin notar el frío del picaporte. Pensaba en otra cosa, en la pregunta central de la entrevista de esa noche, en el efecto que quería causar ordenando meticulosamente las palabras, o más bien en los factores que debía regular para encauzar toda la entrevista hacia ese momento. Al mismo tiempo, discutía con su ex-esposa a través del teléfono. Hacía más de un minuto que había cruzado la entrada de la oficina, pero permanecía al lado de la puerta con los ojos en el celular y la mano derecha todavía en el picaporte.

Envió el último mensaje de texto y vio cómo el aparato se apagaba por falta de carga. Dio un paso violento hacia su escritorio y ahogó un grito de dolor. Qué carajo, dijo, y volvió la mirada atrás. Qué carajo, qué carajo, qué carajo, repitió con un hilo de voz. Acercó la vista para comprobarlo: la mano derecha estaba completamente adherida al metal del picaporte. Más que adherida, de alguna manera se había fundido. Es una broma, pensó, pero broma de quién y cómo podrían haberlo hecho, si no había pegamento alguno, solamente la mano y el metal haciéndose una misma cosa. Miró con desesperación a todos lados. El piso estaba vacío, lo esperaban en el canal y no había avisado al asistente que pasaría por la oficina antes del programa.

Giró lentamente la mano. El movimiento era armonioso: sentía la mecánica del sistema de apertura como extensión propia. Qué es esto, pensó, apoyando la cabeza contra la puerta. Qué es esto, repitió, y trató de respirar como le había enseñado el instructor de yoga. No te volvás loco, dijo en voz alta. Pero esto más lo decía por prefigurar lo que iba a pasar. Por mayor esfuerzo que hiciese, la sangre hervía, la mandíbula se tensaba y todo lo demás.

Levantó la cabeza. Tenía los ojos perdidos, enrojecidos, idos. Tiró con fuerza del picaporte. Gritó de dolor. Movié el brazo en toda dirección posible. Gritó, escupió, se ayudó con la otra mano. Puso un pie sobre la puerta, volvió a tirar. Dio la espalda a la puerta, pasó una pierna sobre el brazo, tiró apretando sus partes íntimas, ahogó un grito, ahogó lágrimas, pateó la puerta, pateó la pared al lado de la puerta, corrió hacia afuera cerrando la puerta de un golpe, lloró del dolor, pateó la puerta otra vez, trastabilló sin caer, cabeceó la puerta, golpeó la mano con la otra mano, volvió a golpear, pateó su propia mano, sintió algún hueso romperse, gritó, gritó más fuerte, insultó a la puerta, insultó a su madre, a su padre, a todos los padres de mierda que la Tierra creó, tiró, tiró y tiró, abrió y cerró la puerta con fuerza, gritó hasta quedarse sin aire, sintió su mano dormirse sobre el picaporte, la pinchó con una uña, no sintió nada, respiró exigido, apoyó la cabeza sobre la puerta, escuchó el eco de su propia respiración en el piso vacío. Pateó el suelo, pateó la mano, la golpeó con su *smartphone*, la volvió a golpear, la golpeó otra vez, observó el tajo que se abría entre los nudillos, vio la sangre empapar el picaporte, vio la sangre formar un charco en el suelo, soltó una carcajada fuerte, escupió sobre la herida, golpeó la puerta con todo el cuerpo, vio la muñeca estrujarse, rio y rio a carcajadas,

se sintió mareado, gritó ya sin fuerzas, oyó el timbre del teléfono de la oficina, volvió a abrir la puerta, miró el teléfono sobre el escritorio, esperó a que se apague el sonido, se apoyó en la puerta, deslizó hacia abajo, se sentó en el piso con la mano colgando del picaporte, tiró desde el piso sólo porque sí, sintió la sangre gotear sobre la cabeza. Cerró los ojos. Olió la sangre, recordó el hospital, el niño en la cama llorando, la madre acomodando la almohada, el padre gritándole al médico. Sintió las lágrimas acompañando la sangre, rodeando la nariz, metiéndose en la boca. Notó el silencio alrededor, lamió el sabor agridulce, se detuvo en el silencio. No recordaba semejante silencio siquiera en el hospital o en ninguna otra parte.

Había mucho silencio.

Evaluó quedarse ahí para siempre, sentado en su oficina con la mano adherida a la puerta. Era un buen plan. No tenía otro lugar donde ir ni quería tampoco irse. Nadie lo convencería de salir de la oficina, nadie podría sacar su mano del picaporte, sacar el picaporte de la puerta, la puerta de la oficina o la oficina del edificio. Contratarían a un nuevo presentador y le darían esta misma oficina. Él podría quedarse ahí como parte del mobiliario, sin molestar, dando consejos prácticos, tomando recados, quizás ofreciendo al nuevo presentador la pregunta que él ya no formularía.

Copias

Caminaba por alguna parte de la ciudad, preso de un movimiento pendular que me hacía sentir, a un lado, diminuto frente a la inmensidad del mundo, al otro, enorme, inicio y fin de la red que une todas las cosas. Durante los momentos de fragilidad contemplaba lo bello: un árbol de ramas extrañas, el cielo cubriéndolo todo. Luego la confianza en mí mismo, con voz histriónica, proponía cambios, transformaciones, unía el cielo y la tierra. La secuencia me hacía entrar y salir de escena, ser parte o contener el universo. También buscaba una fotocopidora.

«Copias exactas, necesito copias exactas», repetía mentalmente, maravillado por la sencillez con la que podemos responder a este deseo. Antaño, lo mismo podría haber causado revuelo. Hoy el mundo está plagado de réplicas.

—Necesito esto diez veces más —dije con una sonrisa.

El hombre me miró sin entender.

—Diez fotocopias.

—No me anda la máquina —respondió, como si hablara de algo que no estaba bajo su responsabilidad.

Otra vez afuera, caminé en cualquier dirección.

—¿Sabe adónde hay una fotocopidora? —pregunté a la

primera persona que crucé.

—Ahí mismo —sonrió el señor, señalando el lugar del que yo acababa de salir.

Había preguntado muy pronto, geográficamente hablando.

—No, pero otra fotocopidora.

El señor habrá pensado que yo tenía alguna manía, porque hizo algo raro con los ojos y dijo:

—¿Para qué quieres fotocopias? Eso ya no se usa, no es ecológico.

No supe qué responder, y él asumió que no iba a preguntar más y se fue.

Después de caminar unas cuadras, noté que estaba, en cierta forma, perdido, si bien todo lo que veía me era familiar.

—¿Fotocopias? —La chica se sorprendió ante mi pregunta—. No sé, yo tengo todo en el celular.

Asentí sin sorprenderme por la respuesta autorreferencial; era tan inútil como la anterior, pero al menos no me sentí juzgado. Seguí caminando.

Por un momento intenté asumir al ciberespacio como respuesta al problema de la tala indiscriminada de árboles. Pensaba, a la vez, que debía haber algún buen uso del papel, como alojar mis fotocopias. Terminé por convencerme de que, a fin de cuentas, no conocemos el origen de los recursos que sostienen a las redes virtuales. Me distrajo un auto que intentaba arrancar. Estaba en medio de la calle. El conductor, con la puerta abierta y fuera del auto, manipulaba el volante y lo empujaba.

Todo pasó muy rápido: con el mismo movimiento en que decidí ayudar, dejé caer mi hoja y crucé la vista con otra persona que, aparentemente, esperaba que alguien lo secundara para ir al

rescate. Nos posicionamos con las manos sobre el baúl del auto. El conductor asintió con media sonrisa —algo nos conectó a los tres por un instante— y entró al auto. Empujamos. El motor no respondía. Empujamos. El motor tosió. Vi a una señora que barría la vereda y tiraba mi hoja a la bolsa de la basura. Empujamos con más fuerza. El conductor corcoveaba en el asiento, como si estuviese sobre un caballo. Empujamos de nuevo. El estruendo del motor anunció que el objetivo estaba cumplido. El conductor no miró atrás. A los pocos metros, volvió a frenar. Dos personas encapuchadas saltaron a través de la ventana de una casa cargando unas bolsas enormes y entraron al auto, que aceleró y se perdió de vista.

La sirena me sacó de la revolución de pensamientos que me mareaba. Oí el insulto de mi compañero de esfuerzo —no supe si se dirigía a mí—, se resbaló apenas y, casi cayendo, dio unas zancadas largas y empezó a correr en dirección contraria al sentido de la calle. No llegué a pensar si era sensato, pero mi acto reflejo fue imitarlo. Doblé en dirección opuesta al llegar a la esquina. A mis espaldas se oían algunos gritos; quizás algunos nos señalaban. No vi ningún auto policial. Más tarde comprendería que la sirena era de un camión de bomberos dirigiéndose a otra parte.

Tardé unos minutos en entrar en razón. Dejé de correr, caminé a paso apurado unos metros, disminuí el ritmo al tomar una cortada. Me detuve a mitad de cuadra, el cuerpo doblado en dos. Reflexioné sobre cuál era mi implicancia en lo sucedido, cuánta responsabilidad me correspondía en el crimen, dónde estaría mi hoja ahora, siendo que estaba frente una fotocopidora. Entré. Consulté el precio de las copias, pregunté cuánto costaba una máquina así, compartí mi teoría sobre la sociedad del copiado:

replicamos, intentamos disminuir la complejidad del universo creando series de objetos con distribuciones atómicas casi idénticas.

—Eso nos da seguridad, porque la diversidad del cosmos nos pasma.

Expliqué todo entrecortadamente; cada dos o tres palabras me faltaba el aire. Si hubo respuestas no las percibí. No pude agregar que me habían robado, que sentía como si me hubieran estafado. Compré un agua mineral y salí. Volví a entrar para preguntar en qué parte de la ciudad estaba, si pasaban taxis por ahí. De alguna manera tenía que volver a casa.

Urbanismo táctico

Salió a la calle, en dirección al trabajo, cuando el constructor le volcó sobre los pies una montaña de escombros. Fue así como sucedió: el señor Enlam bajó del ascensor, notó la claridad del día a través de la enorme puerta de vidrio del edificio y se sintió a gusto con la vida. Abrió la puerta magnética y, al mismo tiempo en que puso la vista en el celular para chequear sus mensajes, un obrero de la construcción lindante volcó una carretilla llena de escombros sobre sus zapatos. Enlam apartó el celular, bajó la vista y miró al ejecutor, quien le sonreía con cara de “Tenga usted un buen día”.

¿Qué es esto?, atinó a decir, y el otro, rápido, contestó que era el trabajo, el edificio comenzaba ahí, que estaba muy contento de ser parte del proyecto. ¿Qué edificio?, fue la pregunta siguiente, y el otro: el que va sobre usted. No entiendo qué significa eso, y así siguió la conversación. En síntesis, le explicaron que él sería la piedra angular de un nuevo edificio a construirse ahí mismo donde estaba parado, “donde lo encontrarán”, como dictaba el proyecto de obra. Digno de un cuento de Poe, dijo Enlam, y el obrero, que a Poe lo había leído completo, se detuvo un momento en pose reflexiva y dijo que había demasiada luz en la escena, que

no era la atmósfera adecuada.

—¿Puede explicarme qué es esto? —decía ahora Enlam al teléfono.

—Señor Enlam, es un proyecto muy auspicioso y esperamos contar con toda su colaboración. El edificio llevará su nombre: EDIFICIO ENLAM —lo dijo en mayúsculas, como si enmarcara las palabras con un movimiento de la mano—, el comienzo de las construcciones personalizadas, el primer edificio-persona.

—No es la idea, digo, no sé cuál es la idea —se trababa el señor Enlam—, pero tengo que llegar a una reunión y estoy abajo de una pila de escombros.

—¿Reuniones? Ya no se tiene que preocupar por eso, señor, usted será un edificio. Hemos estudiado el caso, estamos al tanto de sus deseos de ser parte fundante de la sociedad —la voz hizo una pausa—: usted tiene un corazón de oro, señor Enlam.

La voz se oyó afectada y esto tocó una fibra en la sensibilidad de Enlam, quien en secreto postergaba sus deseos de ayudar al prójimo, mientras llevaba adelante —con habilidad, por cierto— la administración de la consultora de asesoría contable más respetada de la región.

—Hemos consultado con el municipio —continuó la persona que estaba al otro lado del teléfono— quienes aceptaron con unanimidad la propuesta: coinciden en que usted es invaluable para nuestros proyectos de humanizar la construcción y han puesto a disposición toda su realidad, a todo usted digamos.

—¿Cómo es eso?

—Su estado civil es ahora: edificio. Preferíamos algo más como “alma de edificio” (ésa es nuestra visión), pero nos atuvimos a la decisión del empleado del registro. El estado ha invertido en

usted desde su nacimiento, y ve en ésta una forma muy alta de retribución, de devolver lo mucho que ha recibido.

Comprendamos el silencio de Enlam, el hombre bajo los escombros.

—¿Sería como el comunismo? —dijo Enlam, decidiéndose por una de las mil preguntas que podría haber dicho.

—¿Cómo es eso, señor?

Reproducir una respuesta tan elusiva sería escandaloso. Enlam desempolvó manuales de historia de otras décadas y señaló cómo en aquel sistema el estado disponía de los recursos y los distribuía según un sentir colectivo, poniéndolo por encima del sentir individual.

—Ahora que lo dice, es parecido —respondió la voz, pensativa—. Pero no tanto: nosotros vamos a vender los departamentos del edificio.

Enlam se silenció.

—Lo que queremos decir es que usaremos su imagen para venderlos.

Tampoco tuvo Enlam mucho para decir sobre esto.

Dejemos hablar a la voz del proyecto innovador, con ese discurso pulido, reluciente y de tanto brillo que encandila y daña la vista; demos lugar a las palabras del *marketing* y recorramos con nuestra mente el imaginario propuesto:

—Desde los inicios, las más grandes civilizaciones han puesto sus cimientos en el esfuerzo de hombres y mujeres excepcionales, personas que dieron su vida para que tantos otros pudieran vivir mejor. Queremos presentarles un nuevo concepto de infraestructura que quiere dar continuidad a las hazañas de quienes nos precedieron: el edificio-persona.

»Tomemos el ejemplo del señor Enlam: empresario ejemplar, padre de familia, juventud idealista y un corazón sensible a los lamentos de la sociedad; un hombre dispuesto a darlo todo por todos. Con técnicas de la arquitectura de última generación, levantaremos un edificio construido a partir de su persona, diseñado como expresión de su ser: cognición, palabras y sueños de este gran hombre traducidos en ambientes nunca antes vistos, disposiciones originales, iluminación, aberturas, espacios únicos para un proyecto único... como la persona que todos llevamos dentro.

Luego de un pequeño silencio:

—Todavía estamos armando el discurso, ¿qué le parece esa introducción? Queremos terminar con una frase del estilo: “Abracemos el futuro con el calor del pasado”, evocando esas antiguas tribus donde el viejo y sabio recogía en un abrazo a todos sus hijos.

—Me gustó la música.

—Sabíamos que le gustaría. —Y era cierto, la canción que se oía de fondo había sido elegida de entre sus preferidas, porque todo lo habían estudiado sobre Enlam.

Había cierta desazón en la cara de este hombre, pero no por lo que escuchaba, sino por lo que se había despertado en él: tanto oír su nombre, tanta referencia a su ser más íntimo, habían provocado una introspección algo gris que contrastaba con lo azul del cielo y se parecía más al color de esos escombros que llegaban a su cintura.

—Lo dejamos por ahora, señor Enlam, pero lo visitaremos pronto. Gracias por su colaboración.

—Mhm.

El sol se movió lentamente sobre la escena grotesca.

Días más tarde, avanzada la construcción, un vecino reconoció a Enlam entre los cimientos y se acercó a verlo. Había escuchado la historia por boca de otros y ahora la oía —breve, muy brevemente— en la original mezcla de entusiasmo y resignación del hombre-edificio, pieza inicial del primer edificio-persona. Ante la fatalidad de toda la cuestión, el vecino hizo un simple razonamiento:

—¿Y usted por qué no se movió cuando le cayó el primer volquete?

Y con este interrogante nos retiramos de escena, escapando por el interior de Enlam, donde los escombros de tanta cosa se entremezclan y lo dejan mudo ante tan simple cuestión.

Lo eterno y lo que termina

Las aves volaron sobre mi cabeza una vez más. Cada día repetían horario, dirección, comportamiento, aunque esto último podría ser una reducción: siempre volaban, pero tal vez hubiera matices que escapaban a mi mirada; quizás un día aletearan con pasión, otros con desgano, alguna vez con apuro, otra relajadas, y así. Observarlas me llenaba el alma. Un día me decidí y subí a la terraza. Avisé a algunas personas por si quisieran acompañarme. La convocatoria fue buena —éramos seis sobre el techo de la casa—, al igual que el espectáculo: una secuencia interminable de aves iba de sur a norte de la ciudad, trazando una diagonal desapareja en el cielo mientras duraba el atardecer. Los comentarios iban y venían:

—Es como mirar la *National Geographic*, pero en directo.

—Lo más parecido a la naturaleza que he visto en la ciudad.

—Mirá si cada una que desaparece al norte reaparece por el sur.

—Podría ser, pero digamos que vuelve a aparecer después de un día, el tiempo que le toma dar la vuelta al mundo: el vuelo es eterno y podemos observarlo cada día a esta hora.

—Es hermoso —dije yo. Sonreía como un niño mirando hacia arriba.

Cuando al otro día éramos tres, luego dos, tres y al final yo por el resto de la semana, reflexioné: primero descalifiqué a mis amigos, los llamé salvajes, incapaces de disfrutar algo bello que *estaba ahí*, una belleza que —al contrario de cualquier creación del hombre— nadie había forzado a existir. Luego pensé en la caducidad de la belleza, si la propiedad estética era inmutable o podía diluirse con el tiempo, si de ella dependía su propio fin. La meditación me llevó al pasado:

Había recibido el correo electrónico semanas después de mi graduación de la universidad. Una sigla que ya he olvidado me convocaba para trabajar en robótica, el área de mi especialización, en una localidad perdida en el interior del país. Era esa etapa de la vida en que la llama de la vanidad se enciende apenas encontramos nuestro nombre escrito por alguien más. Respondí aceptando la propuesta. Más tarde descubrí que no había registros de esa localidad, o siquiera de la sigla, en todo internet, o al menos en la parte de la gran red que tenía a mi alcance (porque en ocasiones, internet es un libro de arena). De cualquier forma, la emoción no dejaba lugar, en mí, a la sospecha.

Recuerdo que mis padres completaron sus papeles de divorcio un mes antes de mi partida, por lo que dejaba la ciudad con una sensación ambigua: quería escapar y quería permanecer. Tras las dos despedidas en domicilios diferentes, subí al taxi que me llevó hasta la terminal de ómnibus. El viaje desde allí fue normal, excepto por la discusión que tuve con el chofer para que me permitiera bajar en una intersección donde nunca había parado.

—Si te paro a vos, tengo que pararles a todos. —El argumento

clásico para una discusión clásica. En la ventanilla, al comprar el pasaje, me habían mentido.

—¡Dejame acá que está el semáforo en rojo!

La coincidencia (el semáforo) fue una pincelada del destino. Satisfecho, bajé en medio de la nada. Una vez que perdí de vista el colectivo, mi sonrisa contrastó con toda esa nada. Enfoqué en la dirección a andar, respiré como tomando carrera y caminé. No miré al sol en todo el trayecto porque sentía que él me miraba a mí. A medida que avanzaba, un punto se transformó en cubo, el cubo en edificación y luego en posada de ruta, justo en las coordenadas de encuentro con el auto de la empresa que pasaría a buscarme.

La casona emanaba un murmullo pesado. Entré. El lugar estaba vacío, excepto por el cliente al frente y el mesero al fondo, ambos dándose la espalda. Las voces venían de una segunda habitación; un cartel en la puerta a mi derecha anunciaba “Servicio de sepelios comunal”. Estuve tentado de volver a salir, estudiar con más detenimiento la casona desde afuera, por si algo había pasado por alto antes de entrar.

No recuerdo el intercambio con el mesero, pero en minutos estaba tomando un café a unas mesas de distancia del otro cliente.

—Un regadero de angustias —dijo, como si respondiera a una pregunta que nadie había hecho.

—¿Cómo?

—¿Y cómo va a ser, pibe? Vos explicame.

Entendí que no era un lugar donde acostumbraran elaborar introducciones, porque el hombre se largó sin más a contarme sobre su hermano: que Diego había entrado al servicio militar, que un contacto de la familia lo había ubicado en un lugar seguro

como administrativo, que se quedó más tiempo de lo previsto porque estaba cómodo. Después algún papel se extravió y terminó en una guerra no sé adónde. La familia temblaba, no recibía noticias. Apareció vivo dos años más tarde, sonriente, pocos ecos del combate. Lo festejaron días enteros. Pasa una semana y, como cualquier día, sale a comprar algo al almacén. Va en auto, más allá de que el lugar quedaba a tres cuadras. Maneja el hermano; él no quería agarrar el volante. En el almacén no encuentra lo que buscaba. Decide ir al kiosko. El hermano había aprovechado para dar una vuelta a la plaza del pueblo, así que camina. Hace una cuadra, cruza la calle, lo atropella el hermano. Murió esa misma noche.

—Decime vos, pibe, ¿dónde está la belleza? —me preguntó. Pero puede ser que yo esté cambiando el recuerdo para ajustarlo a la historia. Más bien dijo:

—Decime vos, pibe, ¿qué gracia tiene que haya sobrevivido a la guerra si viene y se muere acá una semana después?

Lo miré en silencio.

—Las cosas se terminan —dijo.

—¿Es el velorio de su hermano? —dije en voz muy baja, señalé hacia la derecha.

—No, no —refutó y no dijo más. Los dos seguimos ahí, pero fue como si las mesas se hubieran separado todavía más.

Cuando escuché el bocinazo, noté que el murmullo se había apagado. Me asomé, hice una seña a quien estaba al volante, volví a entrar para pagar, salí, subí. Adentro del auto hubo tan pocas palabras que dudé si se habría bajado el volumen general de la transmisión del mundo. Pero escuchaba el motor. El recorrido fue extraño, como si el chofer buscara desorientarme. No le aclaré

que antes de subir al auto yo ya no sabía dónde estaba.

Atravesamos un alambrado, un puesto de control, un segundo puesto de control, varios grupos de edificios grises con las siglas de la empresa. Entonces el auto, así como antes había arrancado, pero ahora en otro punto del planeta y frente a una puerta, se detuvo. Supuse que tendría que bajar. Supuse que debía entrar. Encontré mi nombre en otra puerta y volví a entrar. Me sentía avanzando en espiral y la sugestión me provocó un mareo. Unas hojas me esperaban sobre el escritorio, en medio de lo que interpretaba como mi oficina. Estaban membretadas y cada una tenía mi nombre. Entendí que no se me había contratado para hacer preguntas.

Trabajé una semana entera en la serie de problemas matemáticos y lógicos enunciados en las hojas. La cocina al lado de la oficina estaba equipada con lo necesario para desayunar, cocinar y mantenerme despierto durante una buena cantidad de horas diarias. Una computadora sin internet me permitía hacer algunas pruebas, y mostraba un error cada vez que intentaba ingresar a la red de archivos de la empresa. Mayormente se me pedían diseños y modificaciones de modelos matemáticos que, de forma aislada, no significaban nada. Aunque había reconocido algunos de ellos: eran fragmentos del “sistema formal de la felicidad”.

“El robot programado para la felicidad conocerá las reglas que le permitirán inferir un estado más pacífico, en armonía consigo mismo y su entorno”, leía el artículo que presentaba el trabajo de un grupo de científicos argentinos de los que nunca se tuvo mayor información. “El robot actuará siguiendo los criterios definidos, alcanzará su realización (función objetivo)”. El artículo había sido desacreditado por la comunidad académica, y sus postulados

habían quedado en el olvido. Por el contrario, yo me había dejado llevar por lo sorprendente de algunos planteos y lo utópico de otros; las afirmaciones eran audaces, cautivaban. Entendía ahora que la empresa debía saber de mi interés en el tema; quizás tuvieran acceso a información privada de mis cuentas de correo electrónico, registros de la universidad u otras cosas. Aunque no tenía por qué ser así: cualquiera podría haberme escuchado hablar de las “ecuaciones para la felicidad” en público por los pasillos de la facultad; yo no había mantenido en secreto mi gusto por la materia.

Avancé con mi trabajo. Cada comienzo de semana aparecía un nuevo conjunto de problemas que se derivaban de los que había resuelto. Algunos planteos eran simples y bellos. Las pocas veces que salía de la oficina, los carteles y señales del lugar eran precisos para poner límites a mi exploración, lo que no me contrariaba, sino más bien me alegraba al encontrar tal claridad en los mensajes: eran símbolos que un robot podría comprender sin problemas, y esto alimentaba la hipótesis de lo que allí se estaba gestando. Un día decidí subir al techo de mi oficina; creí que desde allí podría ver algo más. Pero un matemático nunca debe intentar esas cosas.

El día en que recibí apenas la mitad de hojas con problemas a resolver, comprendí que sería mi última semana en la empresa. La dificultad en los enunciados había crecido. Yo estaba preparado para eso. Pasé una noche en vela. Intuí que existía una mejor solución para uno de los planteos y no me dejé dormir hasta encontrarla. Pero no fue eso lo que me mantuvo despierto: el problema codificaba una fecha y un horario. Esperé.

El mapa se deslizó por debajo de la puerta en el momento indicado. Lo comparé con las notas de mis exploraciones.

Desanduve el espiral y salí.

Caminé siguiendo las indicaciones. No tardé en oír un sonido agudo que atravesaba el viento. A medida que avanzaba, el silbido se transformó en chirrido, el chirrido en golpes metálicos, y lo último se desarmó en pasos y choques de lata. Pude ver, a lo lejos, un alambrado prolijo, tenso en su entrelazado, y varias manchas blancas acercándose hacia el punto marcado en el mapa. No conté cuántos éramos; sí deduje que todos habíamos decodificado correctamente la convocatoria. Nadie habló al llegar al alambrado, todos los sentidos estaban enfocados en una misma dirección. Justo antes de que la introspección me hiciera dudar si no seríamos nosotros las máquinas de reacción predecible ante un estímulo puntual —el mapa que nos había traído allí, los enunciados que nos habían mantenido en las oficinas—, las luces se encendieron, el día se hizo en medio de la noche en medio de la nada, y los vimos: una colonia de robots construida sobre las bases lógicas del “sistema formal de la felicidad”. Todos lo comprendimos al mismo tiempo. No porque observáramos la ejecución de nuestras ecuaciones; la felicidad se percibe de otra manera, se siente, se respira. Como sucede cuando vemos a un grupo de niños jugando en el parque.

Muchas de las intuiciones matemáticas aisladas daban lugar, al combinarse, a comportamientos complejos. Un robot construía algo, otro lo detectaba y se acercaba, dialogaban con un juego de luces. Algunos parecían practicar un deporte, otros rodeaban a un tercero y festejaban sus intervenciones. Había un pequeño fuego encendido en el centro de la aldea. Todo esto vimos en un instante u horas eternas; no sé cuánto tiempo estuvimos allí.

“El hombre anheló la felicidad por sobre cualquier cosa en el

mundo y, sin poder realizarla para sí, persiguió su descripción racional: primero, en forma de cantos, a la manera de los ángeles; más tarde, con enunciados de fuego que grabó en sus escritos; finalmente, formulando las ecuaciones que implementó en cerebros mecánicos para que, llegado el día y la hora programadas, fueran los robots quienes se encaminen hacia su última realización”. Las evocativas líneas con las que terminaba el artículo original.

Volví a mirar hacia arriba. La diagonal en el cielo enflaquecía. Mi memoria intercalaba aves con robots. Sabía que la colonia debía continuar funcionando en aquel punto inalcanzable del país, muestra eterna de la capacidad del hombre para describir la naturaleza de las cosas.

Ahora las aves eran puntos suspensivos. Supe que hoy vería a la última de la bandada. Estimé o arriesgué un número, y comencé a contar hacia atrás. Doce, once, diez. Quería alcanzar el cero. Pero el siete explotó como un fuego de artificio y los destellos salpicaron las nubes. El seis se fundió con el sol, como un hijo descarriado de la luz. Cinco y cuatro cayeron en picada y fueron gotas que me humedecieron el alma. El número tres ocupó todo el cielo, me envolvió, lo escuché decir: “Hasta aquí”.

En otra parte

La filmación es desprolija, la cámara sube y baja al ritmo de los pasos, como si no hubiera intento de estabilizarla. Se reconocen góndolas con artículos de electrónica entre golosinas y otras cosas dispares. La mano de quien dirige avanza hacia la puerta del salón de ventas.

—¡No voy a abrir! —El grito se oye desde detrás de cámara.

—¡Tenemos una orden judicial! —El policía, afuera, apoya el papel en la puerta de vidrio con tal fuerza que sorprende que no estalle. El sonido satura, se pierden algunas palabras de la transmisión. El cuadro se distorsiona y vuelve a la normalidad. El terror se transmite en la brusquedad de las tomas.

—¡Yo no tengo nada que ver! —La voz es de una chica al borde del llanto o de la histeria.

—¡Tenemos que incautar la mercadería! ¡Tiene la obligación de abrir la puerta!

La voz del oficial raspa y aturde, acelera mi pulso aun si estoy quién sabe a qué distancia de la escena. Sigue una secuencia acelerada de marrones y blancos, un “*Ok, ya*” con acento centroamericano, y el ruido de cerrojos. Deduzco que la chica está usando las dos manos para abrir la puerta y el celular que filma se mueve con ella, es decir, está pegado a la superficie de

la puerta.

—La iluminación es pobre —digo sin pensar.

El dueño del celular se ríe. Estamos sentados en unos escalones, el celular sobre mis rodillas, los cuerpos torsionados como sólo las pequeñas pantallas los torsionan.

La conversación es apenas audible ahora. Busco el botón para subir el volumen con temor de presionar otra cosa y afectar la transmisión.

—Está al máximo —dice el dueño del botón y de todo el celular.

Acerco el oído, como un niño a la puerta de la pieza de los padres. Pero la puerta es una pantalla y lo que hay del otro lado está a kilómetros de distancia.

—¿Somos testigos de esto? —pregunto.

—¿Qué querés decir?

—Si alguien busca a los usuarios que están conectados al *streaming*, puede contactarte para preguntarte qué viste, ¿no?

—El video desaparece en veinticuatro horas.

—Pero pueden recuperarlo si es para una investigación, ¿no?

¿Quién sabe de esas cosas? El video —como suelen hacer los videos— se congela un instante y continúa. Perdemos el hilo de lo que pasó. La imagen de baja calidad denota al policía queriendo cubrir la cámara. Pero la cámara esquiva la mano y vuelve a apuntar directo a los ojos del policía.

—¡Esto lo están viendo todos mis contactos! —grita la chica.

Digo:

—Nunca escuché a un testigo diciendo: “la escena se veía pixelada, su señoría”. ¿Sabés adónde está pasando esto?

—No conozco a esta chica —me responde—. No sé de dónde

es. La debo haber agregado a mis contactos porque es amiga de un amigo, pero ni idea de quién.

—Ah.

“Ah”, pienso un momento después, tras procesar lo que escuché. No hay sorpresa. El dedo de mi amigo toca la pantalla del celular, que se mueve hacia arriba y el video desaparece de la vista, llevándose la urgencia, las dudas y el temor pasajeros. Todo sucedió en otra parte.

Microondas

La voz salía del celular y resonaba en la sala blanca, vacía de toda intención de vida, del hospital. El contenido del video presentaba otra paradoja, la del hombre hablando de engaños con la pasión de un Leviatán moderno, todo hecho para la destrucción del otro, pero también de sí mismo:

—Habla como si él no fuera objeto de las mismas estrategias —musité. Uso este verbo, ligero matiz, para indicar que lo dije, al tiempo que evité que me oyera la novia de mi amigo, recién llegada desde otra parte del país para acompañarlo en la recuperación de la cirugía, un gesto gregario denostado por el video que ella misma me compartía. La conferencia era parte del evento anual organizado por la agencia de publicidad en la que ella trabajaba.

“Usar las estrategias del amor: tomar sus capas superficiales y sacar todo el contenido”. El orador volvía una y otra vez sobre este concepto. Las diapositivas mostraban un cartel publicitario tras otro, mientras él proponía un discurso en tono irónico que podía interpretarse, al mismo tiempo, como soporte o refutación de la práctica del *marketing*. “Tu lugar en el mundo”, se leía bajo el nombre de una cafetería, y a las claras el hombre afirmaba que al propietario poco le importaba si el cliente lo sentía así;

más bien “quiere el dinero, quiere el dinero —se golpeaba una mano sobre la otra—, pero necesitamos que el cliente lo crea, que sienta que está en su lugar en el mundo”, y así. El estilo salvaje en que presentaba “las cosas como son” me atraía. Quitaba del medio una capa de engaño que creo existe en la formación usual en la materia: el estudiante de *marketing* se forma pensando que brindará un servicio a la comunidad cuando, en realidad, *puaj*, y todo lo que implica esta interjección.

Pasado un rato, yo seguía con la vista clavada en el celular. No tanto por el contenido del video como para dar algo de privacidad a la pareja en la sala. Digamos que ocupaba el rol del niño al que le acercan la pantalla para que no golpee los platos durante la cena, para que *no se exprese*, al menos por un rato. Él y ella, venida desde lejos, hablaban en voz baja, murmuraban —uso este matiz ahora— conjurando una cápsula invisible a su alrededor, asumiendo que el celular creaba lo mismo para mí. Y entonces dos cápsulas y el fenómeno de asumir escenas inconexas cuando están a centímetros de distancia. Nada nuevo por aquí.

Y sin preaviso:

—Bueno, vamos —la voz de ella me incluyó de repente.

—¿Mm?

Una enfermera entró a la sala arrastrando el aviso de fin de visita. Tras los saludos pertinentes, salimos.

—¿Vamos?

Yo seguía sin entender a qué se refería la chica; apenas la conocía. Le devolví el celular y las palabras del Leviatán se movieron por el aire con el arco que hizo mi brazo.

—¿Adónde? —respondí-pregunté, asumiendo la posición de quien será guiado. (Las ideas se ordenan con demora: al

pronunciar la última ‘e’ entendí de qué hablaba.)

—A buscar el microondas —dijo.

La personita en mi interior —la representación visual interna que vive en mí— resopló, cerró los ojos, movió la cabeza de un lado a otro, reclamó con su cuerpo sin decir una palabra. Yo permanecí inmutable. En mi mochila cargaba los papeles para retirar el aparato que mi amigo había comprado por internet. Ésa era mi tarea; la relación de confianza por la que él me la había encargado se resquebrajaba. También tenía la llave de su edificio y departamento. La delicadeza de los detalles se demolía con la perspectiva de compartir el recorrido con alguien a quien él conocía desde hacía treinta días, y yo treinta minutos.

El colectivo: tiempo muerto para la conversación, para el rastreo de un lenguaje compartido.

—¿Qué te pareció Horacio? —fue la primera pregunta.

Pensé en la antigua Roma; las interconexiones mentales son inmanejables. “El del video”, tendría que haber pensado, pero no recordaba el nombre del publicista.

—El del video —aclaró, aun si para la primera ‘e’ yo ya había entendido.

“¿Por qué lo llama por el nombre de pila?”, pensé.

—Me gustó la actitud, la manera en que habla sin filtros —dije.

—Es muy frontal.

—Es sincero. Prefiero el engaño desenmascarado al disimulo.

—No sé si estoy de acuerdo con lo que plantea, pero...

Detecté la estrategia: sembrar dudas respecto al tema tratado, para luego andar sobre él sin tomar posición. Dije:

—¿Qué habría para no estar de acuerdo?

—Yo no trabajo el *marketing* de esa forma.

Me quedé en silencio, y el silencio puede ser interpretado de tantas formas que, si ella asumía una, no era mi problema. El colectivo frenó en una esquina inundada por el blanco sobre rojo de una valla publicitaria que incluía la frase: “Ves una madre, ves un descuento”.

—Lo que menos pensaría ante una mujer embarazada —dije, señalando la gráfica del cartel— es en un descuento.

—No es...

—*Es* lo que dice ahí —enfático—, no hay vueltas en el discurso. La cultura se alimenta con cada expresión humana, y la publicidad llena la calle de basura. Y la repite, la repite, la repite. Ese cartel evidencia que una parte de la humanidad ve oportunidades económicas donde podríamos sonreír ante la vida que continúa. O empatizar con el peso que lleva una madre por nueve meses. O lo que sea, pero no en plata.

—El cartel pone en evidencia algo que existe. ¿O no? —dijo ella—: Hay un grupo de gente queriendo redituar de esa situación. ¿No es frontal?

Me atrapó en mi propio discurso. Si antes yo miraba por la ventanilla, dando la espalda (o la nuca) a la persona a mi lado —posición de escape—, entonces di media vuelta, ingresé en la conversación por el hueco recién abierto.

—¿Qué preferirías? —siguió—: ¿Que esa realidad existiera sin evidencia, escondida, o que salgamos a colgar carteles para avisarle a la gente?

No tardé en responder:

—Prefiero toda la información afuera. Es reprochable ocultar información a los que afectamos con nuestras acciones.

—Si engañaras a tu pareja, ¿le dirías?

El tono fue neutro, magistral para el cambio repentino de tema, para una pregunta usualmente cargada de intención.

—Claro.

—Es de los asuntos menos claros —dijo.

Seguí hablando con la mirada hacia el frente, brazos y manos hacia adelante, como si así diera senda ordenada al discurso:

—Le contaría cualquier cosa que afecte mi afecto por ella. Lo pienso por el lado negativo: si no le cuento, es por miedo, o porque no veo necesario que ella lo sepa para tomar la decisión diaria de seguir estando conmigo. O sea que estaría decidiendo yo por ella. ¿Qué relación puede existir con semejante asimetría? Una de dominación.

—O estás cuidando al otro.

—Es otra forma de dominación.

—No si es por cariño.

—¿El otro quiere ser cuidado?

—¿No te gusta que alguien te cuide?

—¿Alguien que me está ocultando información?

Silencio. No por desinterés, sino por la necesidad de descanso en el debate, por la búsqueda interior de novedad desatada por la postura del otro. Muchas ideas viven dentro de uno sin forma, como el agua que se adecúa al vaso que la contiene; recién cuando lo volcamos, o alguien más tumba el vaso, el contenido se desparrama y podemos encontrar la forma propia del agua, si es que eso existe.

—Tu pregunta confunde un poco el primer debate: en el *marketing* no hay cariño o interés por el otro. En una relación sí. O se espera que sí.

—Eso diría Horacio. No coincido: la madre tiene una necesidad

y yo la quiero abrazar con ese cartel en la vía pública, llamándole la atención sobre una buena opción para que resuelva su problema.

Rechacé la idea con un movimiento de cabeza, que era mimesis del de mi hombrecito interior.

—Es la próxima esquina —dije.

Bajamos del colectivo. Y el movimiento, como suele pasar, dejó la discusión atrás.

—Hay que caminar dos cuadras.

—Te sigo —dijo.

Y así cambió la dinámica en el andar.

Cuando llegamos, el lugar nos inundó la vista de brillos, de luces fluorescentes rebotando en distintas superficies de plástico. Las góndolas se abalanzaban sobre nosotros: apenas mover el globo ocular un milímetro en cualquier dirección nos presentaba algo nuevo.

—Hay *muchas* cosas —dije.

—Gran bazar.

—¿Cuántas copias se necesitan de un producto?

Las manos se acercaban a los artículos colgados en ganchos como atraídas por imanes, como si hubiera necesidad de corroborar que estaban ahí. *Cruj, cruj, cruj*. La sinfonía de los envases plásticos. Me preguntaba cuántos de estos objetos nunca encontrarían un hogar, habiendo sido gestados como sobras ya desde su producción. La chica sacaba fotos desprolijas con el celular; yo la veía escribir veloz, agregar caritas sonrientes a los mensajes compartiendo las imágenes.

—¿Adónde está el sector de retiros? —La pregunta retórica lanzada mientras atravesábamos una especie de jungla de camisas colgadas a la altura de nuestras cabezas. Propuse—: Debe aparecer

frente al cliente cuando presenta disposición de compra. Agarró esa cuchara y pensó en pagarla.

Los pasillos no tenían fin. El lugar era enorme.

—¡Acá están los microondas!

—Éste es el que vinimos a buscar —bajé la vista a la planilla que había sacado de la mochila: marca y modelo coincidían.

—El color es horrible —dijo, y se acercó el celular a la boca, presionó el botón para grabar el mensaje de audio—: ¿De qué color pediste el horno? Hay uno gris que es bastante feo.

—Acá dice negro —aclaré, leyendo la hoja.

—La hoja dice negro —grabó en otro audio.

La voz de mi amigo hacía su presencia virtual casi palpable en el lugar:

—Decile al tipo del lugar que pedí negro, no firmes por el gris: que te den lo que pedí.

—Todavía no lo retiramos —ella.

—¿No te lo dan? —él.

—No encontramos adónde se retiran los pedidos.

—Está al fondo, creo, nunca fui.

—El fondo no existe. No llegamos nunca.

—Dejen de doblar —concluyó, riendo.

—Es un buen consejo —mi reflexión. Quería decirles que dejaran de grabar audios, que era inútil, pero qué potestad tenía yo sobre eso, y por qué iba a invalidar una conversación.

Avanzamos en silencio un poco más, los dos con la vista fija hacia adelante, enfocados en el objetivo, esperando la materialización de alguna clase de mostrador, escritorio, cartel indicador, algo. Alcanzamos una pared de ladrillo visto, altísima. Empecé a reírme. Ella largó algún insulto, pasó los dedos por las

ranuras de cemento entre los ladrillos.

—¿Derecha o izquierda? —dije.

No importaba la dirección, pero sí comprobar la unidad del grupo alcanzada en el último pasillo. Hubiera ofrecido mi puño, unirlo con el de ella en un golpe leve, figurativo. Quién pudiera hacer realidad todo lo que se propone.

—¿Son así todos los lugares de esta ciudad? —preguntó.

—Es una prueba: queremos que te abarrotas de productos entre las góndolas y nunca puedas salir.

—No traje los zapatos para semejante laberinto.

—Allá —señalé, dejé pasar el comentario para el que no tenía respuesta.

—Llegamos —dijo, pero no a mí, sino grabando un mensaje de audio.

—¿Ya están acá? —la voz de mi amigo.

Mi hombrecito interior se golpeó la frente con la mano, pero yo no le prestaba atención. El cartel indicaba lo que buscábamos. Nos recibió una computadora con un hombre detrás.

—El papel no sirve, no tiene el código de barras.

—Es lo único que le enviaron a mi amigo.

No estoy abreviando la conversación: aquél fue el recibimiento, ésa mi respuesta; no hubo intercambio de cordialidades. Y yo olvidaba hacerme pasar por mi amigo, agregaba un grado de complejidad a la transacción. Ruido por aquí y por allá y por todas partes.

—Tengo todos mis datos —intenté.

Me miró sin entender. Seguí:

—Para retirar mi microondas.

Noté que le costaba ordenar las ideas. Hasta que dijo:

—Dícteme su número de documento.

Situación *hackeada*. Por capacidad mía o por desinterés del otro; esto no era lo importante. Pero tardé en dar con el dato, lo que aumentaba las sospechas.

—¿No sabe...?

No lo dejé terminar y recité la secuencia de números, acompañados al ritmo en el que los ingresaba, arte disuasivo para favorecer la armonía de la operación.

—Nombre completo.

Lo dije.

—Teléfono.

Enuncié.

—Fecha de compra.

Recité.

—Código de artículo.

El papel en mi mano se comunicaba con la computadora, usándonos como intermediarios.

—Número de transacción.

Tantos datos eran seguramente innecesarios. El hombre intentaba *hackearme*, ahora él a mí. Pero al final de todo yo debía encontrarme con un horno microondas entre las manos; no me dejaría doblegar antes de alcanzar el objetivo. Era fundamental conservar la compostura. Aun si a mis espaldas oía las palabras de la chica describiendo la situación paso a paso, como un eco de la escena entera, con el celular en modo *walkie-talkie*. Mi hombrecito interior apilaba insulto tras insulto hasta saturar todo mi ser.

—Con esto retiran en depósito —me alcanzó un nuevo papel quien, ahora descubríamos, no era el responsable de la entrega.

—¿No es ésta el área de retiro? —señalé el cartel que así lo indicaba, mostré un resquicio de humanidad.

—Sí. —Y no dijo más. No explicó más. No cambió la expresión.

No le dejé ver a mi hombrecito interior manotear la computadora, tocar todo botón con insistencia, tratando de dar con el comando que materializaba un horno microondas negro marca no sé qué sobre el escritorio o, mejor, encima de la cabeza del tipo, sobre la computadora o donde más daño hiciera.

—¡Pero pasamos por el sector de microondas y vimos que hay uno ahí! —la intervención de la chica.

—Ése es otro stock. El stock de compra *online* está almacenado en otra parte.

—¿Cómo llegamos al depósito? —interrumpí en seguida, evitando más demoras, ignorando cómo le gustaba decir “stock” a esta persona.

La respuesta fue tan veloz, contenía tantas referencias vagas a bifurcaciones y desvíos, que es irreproducibile.

—Muchas gracias —dije, apoyando una mano sobre el canto del escritorio, cubriendo mi rostro de sinceridad. Buscaba confundirlo, que pensara que, al contrario de su intención, había sido una ayuda inestimable para nosotros—. Por allá —dije a la chica, y di la espalda a aquel hombre para jamás volver a verlo. Por supuesto, pasamos frente a él dos o tres veces más antes de dar con la salida del lugar.

—Bueno, acá estamos —confirmó la chica cuando pusimos un pie en el mundo exterior.

—Voy a buscar “depósito” en el mapa. El GPS puede triangular que estamos acá, e interpretar que nos referimos al depósito de stock de compra *online*.

—Mhm —afirmó, ignoró el sarcasmo.

Saqué el celular. Oí a la chica grabar otro mensaje. Me distraje con alguna notificación. Pasé unos segundos mirando la pantalla esperando que el aparato leyera mi mente, porque olvidé para qué lo necesitaba.

—¿Hablabas con el hospitalizado? —pregunté sin pensar. Ganaba tiempo mientras el hombrecito en mi interior repasaba posibles acciones. “¡Mapa!”, exclamó. “Eso”, pensé.

—No, con mi hija —fue la respuesta, al tiempo que yo escribía el término “depósito” en la aplicación.

Esperé el cálculo del camino, miré a ambos lados de la calle tratando de dilucidar la relación entre mapa y territorio, mientras lo oído ingresaba lento a mi sistema. El hombrecito dentro de mí hacía señas, aseguraba que mi amigo no me había contado que su novia a distancia tuviera una hija (y me había hablado mares de esta relación que lo tenía embobado). Conjeturé que la chica no se lo había dicho aún, que esperaba una instancia presencial para revelarlo, y el detalle se le había escapado frente a mí antes de tiempo.

Hice lo que toda persona debe hacer en estas situaciones. Dije:

—Ah —y no levanté la vista del celular.

Moví brazo, mano y dedos como si estuviera interpretando el camino a seguir, aunque no pensaba ni en el microondas o lo que debíamos hacer a continuación.

—¿Aparece en el mapa? —preguntó, como si nada.

Yo no podía detectar si ella estaba evadiendo el tema, o si podía naturalizar la situación de esa manera. “¿Estás cuidando a mi amigo?”, pensé. Volví a concentrarme.

—Aparece. Vamos para... —dudé, extendiendo la última ‘a’—

allá.

Anduvimos doscientos metros hacia la izquierda. No había calles para cruzar; estábamos en un terreno enorme lleno de galpones con veredas improvisadas entre unos y otros.

—No somos bienvenidos acá —dije.

—Decí que no me quedo con las primeras impresiones de la gente... ni de los lugares.

—Creo que es este galpón —golpeé la chapa de uno de ellos.

Estábamos frente a un portón enrejado, pero no había manera de entrar. Podíamos ver gente a lo lejos.

—¿Habrà que gritar? —El procedimiento se alejaba cada vez más de lo que suponemos de una compra *online*.

—¡Hola! —Me asustó la amplitud del grito que emergió de la chica.

—¿Qué necesitan? —se oyó la voz masculina, casi apagada por la distancia.

Parecía ridículo responder “un microondas” en semejante marco, pero, ¿qué otra cosa hacer?

—¡Venimos a retirar un microondas! —siguió ella. Yo me retiraba voluntariamente del liderazgo de la situación—. ¡De compra *online*! —agregó.

Me tenté. “Éste es un hangar de aviones chicos”, podría haber sido la respuesta del hombre, por lo que transmitía el contexto. Pero sólo hubo silencio, un espacio vacío de voces que costaba interpretar.

Nos miramos. Levanté los hombros. Sólo cabía esperar que la demora fuera el prelude de la entrega. O que un helicóptero traspasara la reja, disparando fuego a discreción.

—Qué calor que hace.

El sol no caía directo sobre nosotros, pero la radiación de las chapas era difícil de soportar.

Y entonces apareció el hombre desde un costado de la abertura sosteniendo una caja sellada.

—Tengo éste.

No abrió la reja. “¿Qué responder?” era la pregunta, una pregunta en esencia redundante, porque la respuesta es una respuesta.

—Tenemos este papel —reaccionó ella.

—Está bien.

Ni miró el papel.

—¿Podemos verlo?

—Si lo abren, se lo llevan. No puedo guardar en depósito material abierto, es ilegal.

Cómo me hubiera gustado conocer la legislación para poder responder *algo*.

—¿Es negro?

—No tengo la menor idea —respondió, como si fuera lo más natural del mundo, como si la escena fuera cotidiana.

Y entonces la chica sacó la foto y se transformó en mi heroína. Escribió: “Acá está tu horno nuevo”, y envió a mi amigo la imagen del hombre gordo, bigote sin afeitar, cara de ser el tío político de alguien, parado como quien acostumbra a estar siempre parado, sosteniendo la caja con la figura de un horno microondas diseñada de forma tal que gritaba “futuro”, gritaba “adentro de esta caja está el futuro”, junto a unas líneas que describían los beneficios de semejante tecnología, escondiendo los aspectos negativos, el *marketing* una vez más con su caricia condescendiente

comunicando que, efectivamente, la vida puede tener un solo costado y somos nosotros, débiles seres terrenales, quienes damos pasos informes en el barro y continuamos arruinándola. Yo me agaché, agucé la vista entre las rejas, y leí: “Color: blanco”. Dejé caer la cabeza y suspiré.

Agradecimientos

La escritura es una actividad solitaria, pero escribimos en una aldea. Los cuentos Solidaridad es un número par, En otra parte y Microondas, nacieron de episodios que recibí de Mariana, Ailén y Sebastián, respectivamente. Laura va nace del comentario de una vecina. El origen del resto de los cuentos es más difuso. Fueron muchas las manos que ayudaron a que este libro llegara a su estadio final (si es que ese estadio existe). El primer agradecimiento es para Marta, Sergio, Miriam, María Laura, Beatriz, Ezequiel, Gladis, Silvia, Mauricio, Javier, María Emilia, Graciela, Jorge y, especialmente, a Angélica, por su compañía en la gestación de estos cuentos entre 2014 y 2020. A Ana, Verónica, Esteban, Maite, Sofía, Gabriel, María de los Ángeles, Christian, Alejandro, Rafael, Candela, Margarita, Gabriel y Antonela por su compañía en la revisión del libro, línea por línea. Otro Pablo me acompañó y destrabó el diseño de tapa, y Nicolás colaboró en cuestiones administrativas. He corrido el riesgo de la enumeración exhaustiva. La literatura es, en parte, tomar decisiones, una tras otra. Espero que la abundancia de nombres den cuenta de la experiencia comunitaria que, creo, hace a la existencia de una obra. Gracias por leer hasta aquí. Nos vemos pronto.

